

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMENARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

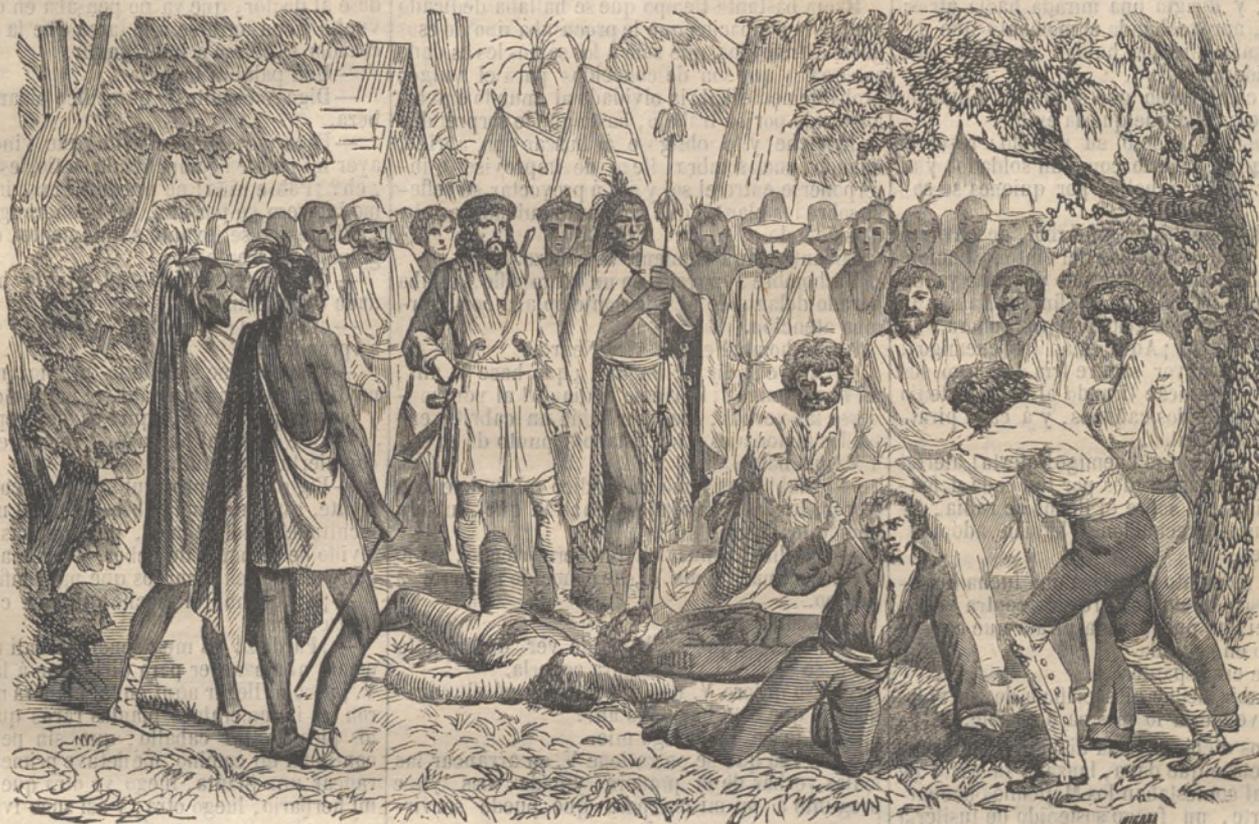
PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses.	6 reales.
Seis meses.	15 »
Un año.	28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses.	12 reales.
Seis meses.	21 »
Un año.	38 »



Ahora yo, dijo el pirata que seguía, y arrancando el puñal humeante..... se le hundió en el corazón.

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

Por D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.— Véase el núm. 9.º)

Y tomándola de la mano, la condujo cariñosamente a su tienda, donde despues de hacerla entrar, la besó en la frente, la encargó que no volviese a salir, y se dirigió de nuevo a los atrincheramientos, en donde comenzó a vigilar con el mayor cuidado lo que pasaba en la llanura, al paso que calculaba mentalmente el tiempo que había trascurrido desde la partida del doctor, y sorprendiéndole no verle volver.

—Habrá caído en poder de los Indios, decía; con tal que no le hayan dado muerte!

El capitán Aguilar era un soldado intrépido, que se había formado en las guerras incesantes de Méjico, y sabía unir el valor con la prudencia.

Quando hubo llegado a cierta distancia del campamento, se tendió boca abajo, y arrastrándose y trepó hasta un trozo de roca que se hallaba perfectamente dispuesto para servirle de emboscada.

Todó parecia estar tranquilo en torno suyo, ningun indicio podia hacerle suponer que el enemigo se acercase; despues de un espacio de tiempo bastante largo, invertido en explorar el terreno, disponíase á regresar al campamento, con la conviccion de que el general se había equivocado, y de que ningun peligro inminente existia, cuando de improviso, a diez pasos de él, un gamo asustado salió con las orejas enderezadas y la cabeza echada hácia atrás, y huyó con extraordinaria velocidad, dando muestras del mayor terror.

—Oh! oh! murmuró el jóven, ¿hay algo por aqui? ¡Veamos!

Saliendo entonces de detrás de la roca, junto a la cual se hallaba oculto, adelantó con precaucion algunos pasos, con el fin de cerciorarse de la realidad de sus temores.

La yerba se agitó entonces con fuerza, y unos

diez hombres se levantaron súbitamente, ea torno suyo, y le cercaron antes de que hubiese tenido tiempo para ponerse en defensa o para guarecerse de nuevo en el abrigo que con tanta imprudencia había abandonado.

—¡En hora buena! dijo con la sangre fria mas desdeñosa, al menos ahora sé con quienes tengo que habérmelas.

—¡Entréguese V.! le gritó uno de los hombres que le estrechaban mas de cerca.

—¡Nada de eso! contestó el capitán con una sonrisa irónica, ¡están VV. locos! Será preciso matarme para apoderarse de mí.

—Entonces le daremos á V. muerte, lindo mozalvete, contestó brutalmente el primer interloquutor.

—Cuento con eso, dijo el capitán con tono zumbón; me defenderé, se meterá ruido, mis amigos nos oirán, y vuestra sorpresa quedará frustrada, que es justamente lo que deseo.

Estas palabras fueron pronunciadas con una serenidad que hizo reflexionar á los piratas. Aquellos hombres pertenecian á la partida del

capitan Ouaktehno, y este mismo se encontraba entre ellos.

—Si, contestó sardónicamente el jefe de los bandidos, la idea de V. es buena, solo que se le puede dar muerte sin meter ruido, y entonces también el proyecto de V. queda frustrado.

—¡Eh! ¿quién sabe? replicó el joven.

Antes que los piratas pudiesen evitarlo, dió un salto enorme hacia atrás, derribó á dos hombres y corrió con extraordinaria velocidad en dirección al campamento.

Pasado el primer momento de sorpresa los bandidos se precipitaron en seguimiento suyo.

Aquella lucha de velocidad duró bastante tiempo por ambas partes, sin que los piratas viesan disminuir lo mas mínimo la distancia que les separaba del fugitivo. Como mientras le perseguían procuraban ocultarse todo lo posible de la vista de los centinelas mejicanos, á quienes querían sorprender, esta maniobra les obligaba á dar rodeos que necesariamente habian de entorpecer su marcha.

El capitan habia llegado al alcance de la voz de los suyos, y dirigió una mirada hacia atrás; los bandidos, aprovechando el momento que paraba para tomar aliento, habian obtenido una ventaja considerable.

El joven comprendió que si seguía huyendo causaría la desgracia que quería evitar.

En un momento adoptó su partido: resolvió morir; pero quiso hacerlo como un soldado, y al sucumbir ser útil á aquellos por quienes se sacrificaba.

Se apoyó de espaldas en un árbol, desenvainó su machete, sacó las pistolas del cinto, y haciendo frente á los bandidos que solo distaban ya de él unos treinta pasos, con el fin de llamar la atención de sus amigos gritó con voz sonora:

—¡Alerta! alerta! ¡Aquí están los enemigos!

Luego, con la mayor sangre fría descargó sus armas como si estuviese tirando al blanco; tenia cuatro pistolas de dos cañones, y á cada pirata que caía volvía á gritar.

—¡Alerta! hé aquí el enemigo! alerta! alerta!

Los bandidos exasperados por tan ruda defensa, se precipitaron sobre él llenos de rabia, olvidando cuantas precauciones habian adoptado hasta entonces.

En aquel momento comenzó una lucha horrible y gigante-ca de un hombre solo contra veinte, y aun treinta, pues á cada pirata que caía le sustituía otro en seguida.

El combate era espantoso.

El joven habia hecho el sacrificio de su vida, pero quería venderla lo mas caro posible.

Ya lo hemos dicho, á cada disparo que hacia, á cada machetazo que daba, lanzaba su grito de aviso, al cual contestaban los mejicanos haciendo por su parte, un fuego sostenido de fusilería sobre los piratas, que entonces se mostraban á descubierto, encarnizándose con aquel hombre que tan audazmente les cerraba el paso con el fuerte muro de su pecho noble y leal.

Al fin cayó el capitan apoyado sobre una rodilla. Los piratas se precipitaron sobre el confundido mezclado, hiriéndose unos á otros en el frenesí con que procuraban acabar de darle muerte.

Tal combate no podia durar mucho tiempo.

El capitan Aguilar sucumbió; pero al caer arastró consigo en su derrota á doce piratas á quienes habia inmolado, y que le formaron una comitiva sangrienta en la tumba.

—¡Diablo! murmuró el capitan Ouaktehno, contemplándole con admiración, mientras restañaba la sangre de una ancha herida que habia recibido en el pecho, ¿qué hombre tan valiente! ¡Si los demás se le parecen, nunca lograremos vencerlos! Vamos, continuó volviéndose hacia sus compañeros que aguardaban sus órdenes, no nos dejemos fusilar mas tiempo como palomas; ¡al asalto! vive Dios! al asalto!

Los piratas se lanzaron en seguimiento suyo blandiendo sus armas, y comenzaron á escalar la roca, gritando:

—¡Al asalto! al asalto!

Los mejicanos, por su parte, habiendo presen-

ciado la muerte heroica del capitan Aguilar, se dispusieron á vengarle.

IV.

EL DOCTOR.

Mientras ocurrían estos sucesos terribles, el doctor herborizaba tranquilamente.

El digno sabio, maravillado con la rica flora que tenia ante su vista, todo lo habia olvidado para no pensar mas que en la amplia cosecha que podia hacer. Iba con el cuerpo inclinado hacia el suelo, deteniéndose delante de cada planta que admiraba durante mucho tiempo antes de resolverse á arrancarla.

Cuando estuvo ya cargado con un número infinito de plantas y de yerbas escesivamente preciosas para él, resolvió sentarse al pié de un árbol con el fin de clasificarlas á su sabor, con todo el cuidado que los inteligentes acostumbra consagrar á tan delicada operacion, y royendo al paso unos pedazos de galleta que habia sacado de su morral.

Hacia bastante tiempo que se hallaba dedicado á aquella ocupacion que le procuraba uno de esos goces estremados, que solo á los sábios les es dado saborear y que son desconocidos para el vulgo; probablemente habria olvidado al mundo entero, abstraído por su trabajo, hasta que le sorprendiese la noche y le obligase á buscar un abrigo, cuando una sombra llegó de improviso á interponerse entre el sol y él, á proyectar su reflejo sobre las plantas que con tanto cuidado estaba clasificando.

Levantó maquinalmente la cabeza.

Un hombre, apoyado en un largo rifle, estaba parado delante de él y le contemplaba con burlesca atención.

Aquel hombre era el Alce Negro.

—¡Eh, eh! dijo al Doctor, ¿qué hace V. aquí, mi buen amigo? ¡Lléveme el diablo! al ver moverse las yerbas, creí que habia un cabrito entre las malorales y he estado á punto de enviarle á V. una bala.

—¡Diablo! exclamó el médico mirándole con terror, tenga V. cuidado. ¿Sabe V. que hubiera podido matarme?

—¡Pardiez! repuso el trampero riendo, ya lo creo. Pero nada tema V., he conocido mi error á tiempo.

—¡Loado sea Dios!

Y el doctor, que acababa de ver una planta rara, se bajó con viveza para cogerla.

—¿No quiere V. decirme, continuó el cazador, lo que está haciendo ahí?

—Ya lo ve V., amigo mio.

—Yo veo que se entretiene V. en arrancar las malas yerbas de la pradera, y nada mas, y me pregunto á mi mismo para qué puede servirle eso.

—¡Oh ignorancia! murmuró el sabio; y añadió en alta voz, con ese tono de condescendencia doctoral, peculiar de los discípulos de Esculapio: —Amigo mio, estoy cogiendo simples, de los cuales formo coleccion con el fin de clasificarlos en mi herbario. La flora de estas praderas es magnífica; estoy convencido de que he descubierto por lo menos tres especies nuevas del *Chirostemon pentadactylon*, cuyo género pertenece á la flora mejicana.

—¡Ah! exclamó el cazador abriendo desmesuradamente los ojos y haciendo esfuerzos inauditos para no reírse en las barbas del médico, cree V. haber encontrado tres especies nuevas de....

—*Chirostemon pentadactylon*, amigo mio, dijo el sabio con dulzura.

—¡Calle!

—Lo meaos, que acaso haya cuatro.

—¡Oh! ¿Tan útil es eso?

—¡Cómo que si es útil! exclamó el médico escandalizado.

—No se incomode V., que yo nada sé.

—¡Es verdad! dijo el doctor ablandado por el tono del Alce Negro, no puede V. comprender la importancia de estos trabajos que hacen dar á la ciencia un paso inmenso.

—¡Vea V.! ¿Y solo para arrancar así esas

yerbas es para lo que ha venido V. á las praderas?

—Solo para eso.

El Alce Negro le estuvo contemplando un rato con esa admiración que produce el espectáculo de un fenómeno inexplicable; el cazador no alcanzaba á comprender que un hombre sensato se resignase voluntariamente á una vida de privaciones y de peligros, con el objeto, para él incalificable, de arrancar plantas que para nada servían, por lo cual concluyó al cabo de un instante por persuadirse de que el sabio estaba loco. Le dirigió una mirada de compasión, moviendo la cabeza á uno y otro lado, y echándose el rifle al hombro se dispuso á continuar su camino.

—¡Vamos, vamos! dijo con ese tono que se emplea para hablar á los niños ó á los que padecen de enagenacion mental, tiene V. razon, mi buen amigo; arranque, arranque plantas que á nadie hace daño, y siempre han de quedar bastantes; ¡Buena suerte y hasta la vista!

Y silbando á sus pechos, anduvo algunos pasos; pero volviendo casi al instante, añadió dirigiéndose al doctor, que ya no pensaba en él, y habia vuelto á consagrarse á la tarea que la llegada del cazador le obligó á interrumpir.

—Una palabra todavia.

—Diga V., contestó el médico alzando la cabeza.

—Espero que la señorita que vino á visitar ayer mi hato en compañía de su tio, estará buena ¿eh? ¡Pobre niña! no puede V. imaginar cuanto me interesa yo por ella, mi buen amigo.

El médico se levantó súbitamente, dándose un golpe en la frente.

—¡Ah, qué aturdido soy! dijo; lo habia olvidado completamente!

—¿Olvidado? el qué? preguntó el cazador sorprendido.

—¡Siempre me sucede lo propio! murmuró el médico; afortunadamente, el mal no es grande, y puesto que está V. aquí, es fácil repararlo.

—¿De qué mal habla V.? repuso el trampero con cierta inquietud.

—Figurese V. prosiguió el médico tranquilamente, que la ciencia absorbe en tal manera mis facultades intelectuales, que muchas veces me olvido de comer y de beber, y con mayor motivo aun, olvido los encargos que me confían.

—¡Al hecho, al hecho! dijo el cazador con impaciencia.

—¡Pardiez! es muy sencillo: salí del campamento al amanecer para dirigirme á la choza de V.; pero al llegar aquí en tal manera me cautivaron las innumerables plantas raras que hollaban los piés de mi caballo, que sin pensar ya en continuar mi camino, me detuve primero para arrancar una planta, luego vi otra que faltaba en mi herbario, luego otra, y así sucesivamente; en resumen, ya no pensé de ningun modo en ir á buscar á V., y aun me hallaba tan absorto en mis investigaciones, que la presencia imprevista de V. hace un momento, no fué suficiente para hacerme recordar el encargo que me habian encomendado le trasmitiese.

—Así, pues, ¿salió V. del campamento al amanecer?

—Sí.

—¿Sabe V. la hora que es en este momento? El sabio miró al sol.

—Las tres de la tarde, próximamente, dijo; pero eso importa poco, lo repito. Puesto que está V. aquí, voy á decirle lo que me ha encargado doña Luz, y espero que todo quedará arreglado.

—¡Dios quiera que el descuido de V. no sea causa de alguna gran desgracia! exclamó el cazador lanzando un suspiro.

—¿Qué quiere V. decir?

—Muy pronto lo sabrá V.; espero que me equivocaré. Hable V., que ya le escucho.

—Hé aquí lo que doña Luz me ha encargado que le diga:

—Así, pues, ¿es doña Luz quien le envía á V. á buscarme?

—Ella misma.

—¿Ha ocurrido alguna cosa nueva en el campamento?

— ¡A la verdad!... es cierto, podría ser mas grave de lo que al pronto imaginé. Hé aquí el asunto: en la pasada noche uno de nuestros guías....

— ¿El Hablador?

— El mis. no. ¿Le conoce V.?

— Sí.... ¡Adelante!

— Pues bien; parece que ese hombre tramaba con otro bandido de su calaña el entregar el campo a los Indios, según toda probabilidad. Por una casualidad, doña Luz oyó toda la conversacion de aquellos tunos, y en el momento en que pasaban junto á ella para escaparse, les disparó á quemarropa dos pistoletazos.

— ¿Los mató?

— Por desgracia no: uno de ellos, aunque herido de gravedad sin duda, pudo escaparse.

— ¿Cuál de ellos era?

— El Hablador.

— ¿Y después?

— Después doña Luz me hizo jurar que vendría á ver á V. y á decirle.... aguarde V.... añadió el sabio procurando acordarse.

— ¡Alce Negro, ha llegado la hora! dijo el cazador interrumpiéndole con viveza.

— Eso mismo, repuso el sabio restregándose las manos con alegría, lo tenía en la punta de la lengua; confíe-o á V. que eso me pareció bastante oscuro, y que no entendí una palabra; pero va V. á explicármelo, ¿verdad?

El cazador le agarró vigorosamente del brazo, y acercando su rostro al del médico, con la mirada chispeante y las facciones contraídas por la cólera, le dijo:

— ¡Loco miserable! ¿Por qué no vino V. á buscarme al instante, en vez de perder el tiempo como un imbecil? ¿Quizas su retraso cause la muerte de todos sus amigos!

— ¡Es posible! exclamó el médico aterrado, sin pensar en formalizarse por la manera algo brusca en que le sacudía el cazador.

— ¡Estaba V. encargado de un mensaje de vida ó muerte, insensato! Ahora, ¿qué hemos de hacer? ¡Acá-o sea demasiado tarde!

— ¡Oh! no diga V. eso, exclamó el médico lleno de agitacion, ¡si así fuese, moriría yo desesperado!

El pobre hombre prorumpió en llanto y dió inequívocas pruebas del pesar mas profundo.

El Alce Negro se vió obligado á consolarle.

— Vamos, ánimo, mi buen amigo, le dijo con cierta dulzura, ¿qué diablo! acaso no se haya perdido todo!

— ¡Oh! si yo fuese causa de una desgracia tan grande, no sobreviviría á ella!

— ¡En fin, lo hecho, hecho está! Es preciso conformarnos, dijo filosóficamente el cazador, y voy á buscar los medios de auxiliarles. A Dios gracias no estoy tan solo como pudiera creerse, y espero que dentro de algunas horas habré reunido treinta rifles de los mejores de las praderas.

— Los salvará V., ¿no es cierto?

— Al menos haré todo lo necesario para conseguirlo, y si Dios quiere, triunfaré.

— ¡Dios le oiga á V.!

— ¡Amen! dijo el cazador santiguándose devotamente. Ahora va V. á volver al campamento.

— Al instante.

— Pero no irá V. á coger flores ni á arrancar yerbas, ¿verdad?

— ¡Oh! lo juro! ¡Maldita sea la hora en que me puse á herborizar! exclamó el médico con una desesperacion cómica.

— Muy bien, queda convenido. Tranquilizará V. á la señorita y á su tío; les encargará que estén muy vigilantes, y que en caso de ataque opongan una resistencia vigorosa, y les dirá que muy pronto verán á algunos amigos ir á socorrerles.

— Se lo diré.

— Pues entonces, á caballo, y á galope hasta el campamento.

— Descuide V. Pero ¿y V. que va á hacer?

— No se ocupe V. de mí, que no permaneceré ocioso; procure tan solo reunirse cuanto antes con sus amigos.

— Dentro de una hora, cuando mas, estaré al lado de ellos.

— Valor y buena suerte, sobre todo no pierda V. la esperanza.

El Alce Negro soltó las riendas del caballo que tenía sujetas, y el médico partió á galope, paso á que estaba muy poco acostumbrado el buen hombre, y hacia que le costase sumo trabajo el conservar el equilibrio.

El trampero le miró alejarse durante un momento, luego se volvió y se internó presuroso en el bosque.

Hacia escasamente diez minutos que estaba andando, cuando se encontró enfrente de Eusebio, que llevaba atravesada sobre el arzon de su silla a la madre de Corazon Leal desmayada.

Este encuentro causó sumo placer al trampero, quien le aprovechó para pedir al anciano español noticias exactas acerca del cazador, noticias que el anciano se apresuró á darle.

Luego los dos hombres se trasladaron á la choza del trampero, de la que distaban muy poco y en la cual querian colocar provisionalmente á la madre de su amigo.

V.

LA ALIANZA.

Ahora tenemos que volver á Corazon Leal.

Después de haber andado como unos diez minutos, sin tomarse siquiera el trabajo de seguir uno de esos senderos innumerables que surcan las praderas en todas direcciones, el cazador se paro, apoyó la culata de su carabina en el suelo, miró cuidadosamente á todos lados, prestó oído á esos mñ ruidos del desierto, de los que cada uno tiene su significacion particular para el hombre acostumbrado a la vida de las praderas, y satisfecho, sin duda, con el resultado de su observacion, imitó por tres veces consecutivas y á intervalos iguales el grito de la marica con tal perfeccion, que varios pajaros de estos, ocultos en lo mas espeso de la enramada, le contestaron al instante.

Apenas habia concluido de vibrar en el aire el tercer grito, cuando el bosque, mudo hasta entonces, y que parecia hallarse sepultado en la soledad mas completa, se animo como por encanto.

Por todas partes se alzaron de entre los matorrales y las yerbas en que se hallaban ocultos, muchos cazadores de facciones energicas, de trajes pintorescos, que en un momento formaron un círculo espeso en torno del cazador.

Quiso la casualidad que los dos primeros semblantes en que se fijó la vista de Corazon Leal, fueron los del Alce Negro y Eusebio, apostados ambos á muy pocos pasos de él.

— ¡Oh! dijo tendiéndoles la mano con efusion, todo lo comprendo, amigos míos; gracias, mil gracias por vuestro cordial concurso; pero afortunadamente ya no necesito vuestro auxilio.

— Tanto mejor, exclamó el Alce Negro.

— Según eso ¿ha logrado V. salir de las manos de esos endemoniados Piel; Rojas? le preguntó Eusebio con interés.

— No hable V. mal de los Comanches, dijo Corazon Leal sonriendo; ahora son mis hermanos.

— ¡Habla V. con formalidad! exclamó el Alce Negro con viveza; ¿está V. realmente en buenas relaciones con los Indios?

— Podrá V. juzgarlo por si mismo; se ha estipulado la paz entre ellos, mis amigos y yo, y si consienten VV. en ello, me propongo presentarlos unos á otros.

— A la verdad, que en las presentes circunstancias no podía sucedernos cosa mas oportuna, dijo el Alce Negro, y puesto que se halla V. libre, podemos ocuparnos de otras personas que en este momento se hallan en grave peligro, y probablemente necesitarán con urgencia nuestro auxilio.

— ¿Qué quiere V. decir? preguntó Corazon Leal con curiosidad é interés.

— Quiero decir que ciertas personas á quienes ya en otra ocasion prestó V. un servicio inmenso, durante el último incendio de la pradera, se hallan en este momento cercadas por una partida

de piratas, que, según toda probabilidad, tardará muy poco en atacarlos, si no lo ha hecho ya.

— ¡Es preciso volar á socorrerlos! exclamó Corazon Leal con una emocion que no pudo dominar.

— ¡Pardiez! tal es nuestra intencion; pero antes queriamos libertar á V., Corazon Leal; V. es el alma de nuestra asociacion, y sin V. nada bueno hubiéramos podido hacer.

— Gracias, amigos míos; pero ahora, ya lo ven VV., estoy libre, nada nos detiene ya, y por lo tanto, podemos marchar.

— Perdone V., repuso el Alce Negro; pero tenemos que habérmolas con un enemigo poderoso. Los piratas, que saben que no pueden esperar cuartel, se batea como tigres; cuanto mas numerosos seamos, tanto mayores serán para nosotros las probabilidades de triunfo.

— E: muy cierto, ¿pero á dónde quiere V. ir á parar?

— A esto: que ya que en nuestro nombre ha estipulado V. la paz con los Comanches, se podría conseguir.

— ¡Vive Dios! que tiene V. razon, Alce Negro! dijo Corazon Leal, interrumpiéndole con viveza, y no se me habia ocurrido! Los guerreros indios aprovecharán gozosos la ocasion que les ofrecemos de demostrar su valor, y nos ayudarán con gusto en nuestra expedicion. Yo me encargo de proponérselos: venid todos que voy á presentarlos á nuestros nuevos amigos.

Los tramperos se reunieron y formaron una tropa compacta, compuesta de unos cuarenta hombres.

Pusieron las culatas hacia arriba, en señal de paz, y todos siguieron al cazador en direccion al campo indio.

— ¿Y mi madre? preguntó Corazon Leal á Eusebio con viva emocion.

— Está segura en la choza del Alce Negro.

— ¿Cómo se encuentra?

— Bien, aunque llena de inquietud, contestó el anciano. Su madre es una mujer de mucho corazon, se halla dotada de un valor inmenso: los dolores físicos mas fuertes parece como que resbalan por su cuerpo, y ya no se resiente lo mas minimo del tormento espantoso que habia comenzado á sufrir.

— ¡Loado sea Dios! pero no debemos dejarla por mas tiempo en esa ansiedad mortal. ¿Dónde tiene V. su caballo?

— Escondido cerca de aquí.

— Cójalo V. y váyase al lado de mi madre. La tranquiliza V., y en seguida se retiran ambos á la gruta del Cardenillo, en donde estará á cubierto de todo peligro. Quédese V. con ella. Es facil encontrar esa gruta, se halla situada cerca de la roca de Bisonte muerto; por lo demás, cuando haya V. llegado á esta roca, suelta V. mis rastros que le confío desde ahora, y ellos le conducirán en derechura. ¿Me ha entendido V. bien?

— Perfectamente.

— Entonces, márchese, que ya estamos en el campo indio. La presencia de V. es inútil aquí, mientras que allá es indispensable.

— Me marchó al instante.

— Adios.

— Hasta la vista.

Eusebio silbó á los sabuesos, los ató con una trailla, estrechó por última vez la mano del jóven, torció á la derecha y volvió á emprender el camino del bosque, mientras que la tropa de los cazadores llegaba á la entrada del claro de la selva en que se hallaba establecido el campo de los Indios.

A algunos pasos á retaguardia de la primera línea del campamento, formaban los Comanches un estenso semicírculo, en cuyo centro estaban los jefes.

Para honrar á los que llegaban se habian puesto sus mejores trajes, y estaban pintados y armados como para la guerra.

Corazon Leal mandó hacer alto á su tropa, continuó adelantando solo, y desplegó una piel de bisonte que hizo ondear al viento.

Cabeza de Aguila se separó entonces de los demás jefes, se adelantó á su vez hácia los caza-

dores, y también agitó una piel de bisonte en señal de paz.

— Cuando los dos hombres distaron tan sólo tres pasos uno de otro, se pararon, y Corazon Leal habló en estos términos:

— El dueño de la vida ve nuestros corazones; sabe que entre nosotros el camino está llano y hermoso, y que las palabras que exhala nuestro pecho y pronuncian nuestros labios, son sinceras. Los cazadores blancos vienen a visitar a sus hermanos rojos.

— Sean muy bien venidos! contestó cordialmente Cabeza de Aguila, inclinándose con la nobleza y la gracia magestuosa que caracteriza a los Indios.

(Se continuará).

POR UN ALFILER.

LEYENDA

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN.

Buscad y encontraréis.
(El Evangelio).

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

(Conclusion.—Véase el n.º 9.º)

— Haced de nosotros lo que queráis, dijo Juana agobiada con tantas emociones.

— Pues bien, dijo Borghese; él no faltará a la promesa que hizo; vos seréis, Juana, la que iréis a relevarle de ella. Han concluido los días de prueba: vuestra madre quiere casaros lo mas pronto posible. Encontraréis un cuarto en todo parecido a este, en el jardín de la casa en que vivimos: estaréis en vuestra casa. Hemos venido a caballo; pero también hemos traído un carruaje. Vais a hacer colocar en él los objetos que os sean indispensables para los primeros días, y sobre todo vuestros dibujos y pinturas. Lo demás lo encontraréis todo listo para servirlos. Rogad a Mme. Blanchemain, vuestra buena vecina, que venga con vosotras; estaréis mas tranquilas con su presencia hasta el día de que nos estamos ocupando. Sobre todo, mucha prudencia y discreción, que Jorge no sabe nada, y Mr. Wolff se propone tener un gran placer con esta sorpresa.

— Ana, dijo Juana abrazando a su hermana: ¿crearas ahora en los presentimientos de los días de tempestad?

Pasóse delante del rosario de cristal y besó la cruzecita.

— Estamos a vuestra disposición, dijo con alegría.... Vos, Ana, coged esos estudios y esos colores; yo voy a casa de Mme. Blanchemain.

Una hora después las dos niñas y su buena vecina se hallaban en el carruaje. Las dos hermanas iban juntas.

— Luisa, dijo Borghese a su amiga, ¿no sentís hoy una gran felicidad en ocuparos en la dicha de otros? ¿No es esto vivir? no es esto gozar?

— Jamas he pasado un día mejor, respondió Mme. Wolff; habeis estado sublime.

Regocij bñse las dos del grande efecto que iba a producir su inocente estratagemá; veían ya los felices resultados de su complot.

Mme. Blanchemain creía hallarse soñando dentro del coche: hacía mil discursos. Las dos hermanas se cogieron de la mano pensando en su madre, en Jorge, en el pasado y en el porvenir.

XXVIII.

¡AL FIN!

Hacia la caída de la tarde entró el coche en la casa por una puerta falsa. Hallábase después a la comida en el cuarto de Juana, el que, salvo algunas adiciones indispensables, reproducía fielmente las habitaciones de la casa blanca. Borghese y Mme. Wolff se quedaron a comer, y dispusieron lo conveniente para la mas cómoda instalación de los recién llegados.

— ¿No podremos desde esta noche ver al pobre desterrado? dijo Juana.

— ¡Es tan triste saber que está tan cerca, y mas que todo, que es tan desgraciado!

— Seria ya demasiado tarde, dijo Borghese, y además son muchas emociones para un día: tenéis mucha necesidad de descanso: tranquilizaos, yo iré a darle buenas noticias y a decirle que han terminado vuestras penas.

— Dormid, queridas niñas, como en vuestra casita blanca: vuestros amigos velan por vosotros.

Juana y Ana no sabían cómo darle las gracias: una mirada, una sonrisa, un apretón de manos, espresaron todo su pensamiento.

Habiéndose quedado solas, se hincaron de rodillas, y dieron gracias a Dios por tan felices sucesos.

Encontraron sobre un reclinatorio la cruzecita de brillantes, y atado a ella el testamento de su buena madre. Este testamento no contenía disposición alguna sobre intereses. Juana leyó con trémula voz estas pocas palabras escritas por una desfallida mano:

« Queridas hijas, amaos en memoria mia, y no os separeis jamás. Mientras esteis reunidas, yo estaré en medio de vosotras. »

Cuán felices fueron en haber encontrado en su corazón y en el de Jorge el cumplimiento de la sagrada voluntad de su madre.

No pudieron cerrar los ojos en toda la noche; las horas se les hicieron eternas.

Repasaban en su imaginación los diversos y precipitados incidentes que habian producido tal cambio en su destino.

Levantáronse con la aurora; arreglaron el menaje de su habitacion con el mismo cuidado y esmero que cuando se hallaban en la casita blanca, y habian ya terminado todas sus faenas, cuando entró Borghese y preguntó si estarian visibles para Mr. Wolff.

Mr. Wolff quedó confundido ante el tranquilo rostro de Juana, que facion por facion, rasgo por rasgo, le recordaba lo ideal de su Corregio predilecto. Dió las gracias a aquellas señoras por haberse prestado a sus proyectos de sorpresa. Manifestó todo el afecto que profesaba al digno Jorge, y cuanto queria hacer en su favor para que permaneciese siempre unido a él.

— Pero, señorita, añadió, vuestro alejamiento nos robaba la mitad de su corazón, y no podíamos pasar tampoco sin vos.

Se convino en que aquellas señoras permanecerian en su departamento hasta la primera entrevista, y Mr. Wolff, gozando anticipadamente con el efecto que se proponía producir, se retiró para preparar el desenlace facilísimo de preveer.

Dos horas después, Mr. Wolff se hallaba paseando con Jorge en el gran jardín inglés de la casa.

— Mi querido Jorge, le decia, ya hace muchos años que trabajamos juntos: he podido apreciar vuestro afecto, vuestra inteligencia, y sobre todo el interés que os tomáis por mí. Os habeis ocupado de mi fortuna, y ya era tiempo de que yo me ocupase de la vuestra, puesto que parece os olvidáis de ella. Sé que habeis hecho algunas economías y ahorros, quiero doblarlos y ponerlos en posesión de que tomeis una parte como socio en los negocios de la casa de Wolff y Compañía. ¿Os conviene esto?

— Mi querido protector, dijo Jorge, teniais todo mi afecto y nada me quedaba por desear. Me haceis muy feliz con esta nueva prueba de vuestra atención y confianza.

— Pues bien, dijo Mr. Wolff; vamos a hablar de esto seriamente. Sentaos ahí: voy a buscar un proyecto de contrato que he puesto en borrador y no estaremos aquí mal para examinarlo.

Jorge se quedó en un banco del jardín, debajo de un grupo de acacias y avelanos, armado al pabellon que reproducía exactamente la casita blanca.

Fijábanse sus meditaciones en sus protegidas: sabia ya que no tenían penas, y cada vez se veía mas en estado de asegurar su porvenir. Dilatabase su corazón con estos riñenos pensamientos cuando creyó oír al través de los árboles el so-

nido de un órgano espresivo. No tardó, escuchando con mas atención, en reconocer aquella misma lasimera melodia que tanto le gustaba a Ana ejecutar, y que tanta impresion le habia causado en una noche de verano, la noche de su despedida en la casa blanca. — Se levantó buscando su camino al través de las espesas matas, y no podía dar crédito a sus ojos al encontrar delante de sí, un pabellon con la sala baja, los rosales blancos que entapizaban el portal y trepaban a abrazar las ventanas del piso principal. En fin, la imitación mas perfecta y completa del sitio que su pensamiento le representaba sin cesar.

Se abrió la ventana de la sala baja.

— Y bien, dijo una voz conocida, ¡qué distraído pasáis, Sr. Jorge! ¿No quereis desayunaros con nosotras?

— ¡ Vos aquí, querida Blanchemain! ¿Me he vuelto loco? hablad; sin duda estoy soñando y temo el despertar.

— Si soñáis despierto, no es culpa mia, dijo Mme. Blanchemain abriendo la puerta. Nos hemos mudado; la cosa es muy sencilla.

Entró Jorge con los ojos fijos. Tened cuidado, dijo; es peligroso lo que haceis, me da miedo la alegría; y miraba aquel comedor tan parecido a aquel en que habia pasado tan venturosos instantes, y miraba a Mme. Blanchemain que le pedía permiso para continuar cuidando sus canarios.

— Pero, dijo esta, parece que no queriais ya venir a vernos mas, y entonces hemos tomado nosotras una habitacion por aquí.

— ¿ Nosotras? dijo Jorge, ¿ luego está ella aquí también?

— ¿ Por qué no vais a verla? dijo Mme. Blanchemain; ¿ no oís a su hermana que está tocando el piano?

— Hacedme el favor de subir conmigo, querida Mme. Blanchemain, apenas puedo tenerme en pie.

— Venid y no seais niño, dijo Mme. Blanchemain, y aprended a soportar la alegría cual necesitaréis un día saber soportar la desgracia.

Subieron la escalerita y llamaron a la puerta.

— Entrad, dijo una voz llena de gozo. Juana, rodeada de sus estudios, se hallaba sentada en su mesa de labor: tenia un espléndido ramo delante de sí.

— ¡ Al fin! dijo Juana, levantándose y saliendo al encuentro de Jorge.

¿ Quién se atreverá a describir aquellos instantes de expansion y de efusion en que dos almas puras se confundieron en un mismo sentimiento, y olvidaron en una sonrisa todos sus padecimientos!

Mme. Blanchemain los dejó en aquella muda contemplación.

— ¡ Habeis padecido mucho! dijo Jorge.

— Y vos también, dijo Juana; pero cada uno por nuestra parte hemos seguido la ley del deber, y Dios ha tenido compasion de nosotros.

— Dejaronlos algun tiempo cambiar estas dulces palabras: después Ana, después su amiga Borghese, el baron y la baronesa de Wolff, los rodearon.

Vinieron a advertirles estaba servido el desayuno en el cuarto de Mme. Blanchemain.

— ¡ Qué es esto, Jorge! dijo Mr. Wolff, ¡ os doy una cita para hablar de negocios, y os encuentro en conversacion con las vecinas! En fin, ya trataremos de eso; dejemos los negocios serios para mañana.

Le entregó después una carta de su madre en que le informaba que dentro de algunos días vendria para asistir a su boda.

Jorge se arrojó llorando en los brazos de Mr. Wolff: no tenía bastantes manos para corresponder a los testimonios de amistad de todo el mundo. Así es como para la boda se inauguró la nueva casita blanca.

XXIX.

LA RESTITUCION.

En la pequeña iglesia de San German fué donde quisieron casarse sin ceremonia alguna Juana y Jorge. Apenas habian hecho algunas invitacio-

nes; pero muchos amigos desconocidos se interesaban en el desenlace de su sencilla historia.

Cuando pasaron por debajo del peristilo, Jorge tomó el agua bendita y ofreciéndola a Juana:

—¿Os acordáis, la dijo?

Respondióle ella con una mirada.

Delante de la capilla de la Virgen fué donde quisieron ir a arrodillarse. Allí era donde Jorge había ido el primer día a orar por el feliz éxito de su empresa.

No tenía Juana el aire afectado de timidez que se dan algunas vírgenes al ser conducidas al altar. Tampoco tenía ese aire alegre y resuelto que toman algunas veces las jóvenes para ocultar su embarazo: su lindo rostro tenía la calma y la serenidad del cumplimiento de un deber.

Su talle esbelto como una palma, no dejaba ver aun en aquel solemne día la huella de sujeción alguna.

Su traje de novia era de los más sencillos, y no presentaba de notable más que una admirable corona de rosas silvestres que parecían vivas. En el ramito simbólico que temblaba en su cintura, atraía la vista una zarza-rosa inclinada, que dejaba ver en el fondo de su cáliz ligeramente teñido una hermosa gota de rocío que era una finísima perla: era un regalo de Mme. Wolff. La cruz de diamantes, recuerdo de familia, se hallaba pendiente del cuello de Juana por una cinta de terciopelo negro; y para decirlo todo, tampoco había sido olvidado el pobre alfiler: descansaba feliz y radiante sobre el seno de la novia.

Miraban mucho a Juana, y sostenía esta muy bien todas las miradas, correspondiendo por un amistoso saludo, a las personas que reconocía.

—No tiene nada, decía una madre a su hija.

—¿Parece que se lleva a las dos hermanas? dijo otra señora.

—Es lo mejor que puede hacer, replicó una vecina, porque no podrían vivir la una sin la otra.

—Dios los bendecirá, decían los pobres a quienes Jorge no había olvidado....

Una armoniosa música vino a imponer silencio a esas conversaciones en voz baja, obligado acompañamiento de esta ceremonia. No fué difícil a Jorge reconocer que la habil Borghese había querido levantar al cielo sus piadosos cánticos mientras el sacerdote bendecía su unión.

Todo el mundo se inclinaba con recogimiento bajo la influencia de aquellos acentos tan puros que respondían al sentimiento de los fieles reunidos en el pequeño templo. Cada cual tomaba su pequeña parte en aquella felicidad.

El buen cura Mr. R.... confidente de los íntimos pensamientos de Juana, dirigió a la concurrencia una tierna, patética é ingeniosa exhortación. Había tomado por texto estas palabras del Evangelio: BUSCAD Y ENCONTRARÉIS; y aunque el sacerdote se limitó a las generalidades morales y se abstuvo con tacto y prudencia de toda alusión a las aventuras de los novios, el auditorio, muy atento, se acordaba de todo lo que Jorge había sabido encontrar por su espíritu de estudio y de observación desde un alfiler hasta la digna mujer que había venido a pedir a Dios en aquel mismo sitio, y que él conducía hoy ante el altar de la Virgen.

Aguardaban los coches. Entraron en ellos y se volvieron a París después de haberse despedido tíernamente de algunos amigos a quienes se prometían volver a ver.

Mr. Wolff, que había querido acompañar a Juana a la iglesia, presidió la comida que dió en su casa para festejar la boda. Tenía a su derecha a la novia y a su izquierda a la buena madre de Jorge llena de júbilo al contemplar la felicidad de su querido hijo.

Jorge se hallaba colocado entre las señoras de Wolff y Borghese, las dos hadas bienhechoras que habían preparado los medios de poner en escena tan venturoso drama: ¡la buena de Mme. Blanchemain se hallaba loca de contento!

Cuando Jorge se halló solo en el cuarto de Juana, esta le dió un beso: toma este alfiler, le dijo, es tuyo y hoy te lo devuelvo.

Y la noche envolvió con su velo los recuerdos de día tan feliz.

XXX.

POST SCRIPTUM.

Así es como yo, pobre pequeño alfiler, volví al poder de mi que ido y antiguo amo.

El acrecentamiento de su fortuna le permitía comprar una rica quinta para pasar el verano, empero compró de la buena Mme. Blanchemain la casa en que esta vivía, y quiso conservar intacta la casita de San German, donde había recibido las primeras impresiones de su felicidad.

Si se me pregunta cómo he podido contar tantas circunstancias a que yo no he asistido, será preciso admitir para mi justificación que todos los sucesos de esta sencilla historia han sido tantas y tantas veces repetidos y comentados delante de mí en la casa, que he podido enterarme perfectamente de ellos.

¿Queréis saber todavía en dónde descanso hoy? Mirad a esa alcobita cuya vista se estiende sobre el lejano horizonte, cuya ventana está coronada de rosas.

En medio de la estancia hay una cuna y alrededor de la cuna todos miran un hermoso niño que duerme: Jorge tiene agarrada de la mano a Juana; Ana, la segunda madre del angelito, se ocupa en los mil detalles de la casa.

—¿Será todo el retrato de Juana! dice Mme. de Blanchemain saboreando con satisfacción un polvo de tabaco.

Y yo, pobre pequeño alfiler, sujeto la mantilla blanca como el ampo de la nieve, del niño que duerme.

¡No me preguntéis más! ¡Dejemos a nuestros amigos en el apogeo de la felicidad que puede soñar el hombre!!!

¡Ay! esos deliciosos instantes son de corta duración: es preciso preveer que la desgracia, inevitable huésped, guarda todos sus derechos, y el alfiler, que oye los laidos de aquel corazóncito, prenda de amor y de porvenir, ¡el pobre alfiler sujetará tal vez un día una pobre mortaja!

Como en toda fábula hay una moralidad; veamos la que podemos sacar de esta verdadera historia.

Si Jorge no hubiese amado y respetado a su padre, no se hubiese cuidado de seguir, en obsequio de su memoria, sus más insignificantes prescripciones y no se hubiese bajado a recoger un alfiler.

Si no hubiese recogido este alfiler y colocádolo en la vuelta de su frac, no hubiese interesado en su favor a Mr. Wolff.

Si no hubiese tenido afición y gusto a lo bueno y a lo bello, no hubiese encontrado en un museo de Munich la imagen de la mujer que le reservaba el porvenir.

Si no hubiese adquirido experiencia en las obras del arte, no hubiera sido enviado al jardín de Plantas, y no hubiese encontrado allí a aquel a cuya imagen y recuerdo ocupaban ya su pensamiento.

Si no hubiese sido un honrado y amable joven, no se hubiera conciliado la amistad en era en e fraternal de aquella Borghese, que con tanto afecto le dirigió casi como por la mano.

Si hubiese cedido su alfiler al capricho de una hermosa señora, no hubiera podido prestárselo a su linda desconocida, ni formar aquel primer frágil vínculo que comenzó a fijar aquellos dos destinos.

Si se hubiese entregado a los placeres y no se hubiese aplicado a estudiar una lengua extranjera, no hubiera estado tal vez en América, y no hubiera encontrado al cabo del mundo el medio de ser útil a sus protegidas.

Si hubiese exigido el pobre alfiler cuando le fué preciso, por obedecer a Juana, privarse con gran pena de su presencia, hubiese sido menos digno de ella.

Si no hubiese pasado por la iglesia al entrar en San German, tal vez no hubiese encontrado a la que su corazón buscaba, ó al menos no hubiera entrado en su casa con tan piadosos pensamientos.

¿Y de qué ha dependido todo esto?

¡DE UN ALFILER!!!

ROSALÍA.

CUENTO FANTÁSTICO.

I.

Mi pueblo es una pequeña aldea escondida entre dos peñascos de Sierra Nevada, como un nido de golondrinas en el tronco de un árbol: nada de particular ofrece a los ojos del viajero la torre-cilla de su modesta iglesia, y las doce ó catorce casas que se desparraman en un reducido espacio.

Hay un sendero que costea la montaña como la espiral de una culebra enorme, y lo quebrado del terreno, y la rica vegetación de espinos, olivos y jarales impiden distinguir el campanario de la iglesia, hasta que llega uno a la cima de la roca escarpada.

Desde allí se divisa la aldea en una pequeña hondura, con sus cercados y sus casitas blancas diseminadas aquí y allí, como las ovejas en el prado, medio ocultas entre los árboles y la retama, de modo que viendo sus blancas tapias a cierta distancia, cortadas de repente por grandes masas de verdura, parecen paños de fiengo puestos a secar sobre el ramaje; y por la noche, cuando la luna aparece en el estrellado cielo, su fantástica luz cambia el paisaje en un pequeño lago que va reflejando a través los plateados rayos del astro nocturno.

Allí he nacido.

En aquel rincón del mundo olvidado por insignificante, sin historia ni carácter alguno, he pasado feliz mi infancia, y allí han empezado a brillar los primeros años de mi juventud.

Mi casa estaba situada a espaldas de la iglesia, cuatro paredes blancas con su tejado de pizarra, donde reflejaban los rayos del sol poniente, y un huerto de algunas varas de estension, sin coto ni empalizada, con dos árboles frutales y algunas campanillas y enredaderas.

Uno de los infinitos arroyos de la montaña llevaba su cauce por aquel sitio, en una hondonada del terreno, en cuyas riberas brotaban silvestres caños de un tamaño colosal y algunos azules lirios: un puente hecho de tablas facilitaba el paso para la montaña.

En la orilla opuesta se abría un sendero, impracticable en la primavera á causa de la vegetación, que trepando por la roca y dando mil rodeos, concluía en una plataforma de corta estension, donde había una ermita consagrada a la Virgen del Carmen.

Después, bosque y maleza: las rocas se iban apiñando más y más hasta hacer impracticable aquel sitio.

Yo habitaba aquella pobre casita que tanto he echado de menos, con mi hermana y su marido.

¡Pobre hermana mía!

Tan solo vive su memoria en el corazón de algunas, muy pocas, personas que la conocían.

Cuando murió mi madre, quedamos los dos en la más espantosa miseria, que ella sobrelevaba con resignación, y que yo, niño, no conocía aun.

Luisa era bonita, muy bonita, y se casó al poco tiempo con uno de los mozos del pueblo.

Me quería entrañablemente, y bien lo demostró la pobre durante mi primera edad en que yo permanecí a su lado.

Habiendo nacido yo para el trabajo rudo del campo y la miseria de la clase jornalera, quiso apartarme de esa vida en la que se amasa el pan con lágrimas del corazón.

Yo tenía las manos muy blancas y finas para el azadon, según decía mi pobre Luisa.

¡Cuántas vigiliás costaba a la infeliz el que estrenase yo un traje algo más decente que el de los muchachos de la aldea!

¡Cuántas lágrimas vertían sus ojos al ver el hogar apagado dos días seguidos cuando el espectro del hambre llamaba a nuestra puerta!

Algunas noches la sorprendía yo a la cabecera de mi pobre lecho, en el invierno, cuando el viento de la montaña aprisionaba las aguas del

arroyo y sacudia fuertemente la puerta de nuestra habitacion.

Sus ojos brillaban y sus labios murmuraban oraciones por el porvenir acaso de su pobre hermano.

II.

Era una alborada de julio.

Las campanas de la iglesia volteaban alegremente, y su dulce tañido se columpiaba en el espacio.

Arriba, en lo mas intrincado de la montaña, contestaba el esquilon de la ermita como un canto de alegría.

¡Ay! ¡las campanas de mi aldea tienen un sonido tan dulce y melancólico!

Ellas me despertaban por la mañana al despuntar el alba, y me dormían por las tardes al *angelus*.

Era una alborada de julio; el día de la Virgen del Carmen.

Las muchachas del pueblo subían por la montaña al santuario de la Virgen, y luego bailaban en la pradera delante de la ermita.

El sol apenas filtraba sus rayos por entre las ramas de los pinos, y la brisa que se perfumaba en las retamas subía fresca y juguetona.

Y en el fondo de este claro oscuro, la hermosa imagen de la Virgen resplandeciente de luz, y rodeada de cien ramos de cantueso y mejoana, devotas y poéticas ofrendas de aquellas buenas gentes.

Yo iba también a la romería con mi pobre Luisa, que ya se había casado.

¡Yo, que tenía quince años, era casi un hombre, y había estrenado una chaqueta!

Subíamos por el sendero de la montaña: mi hermana y su marido iban delante, porque yo me había detenido a cortar una rama de un avellano; se oía repetido en las concavidades de la roca el murmullo y griterio de las gentes de la pradera, mas claro y perceptible conforme íbamos avanzando, y el *ora pro nobis* de los que cantaban la letanía de la Santa Virgen.

Mis ojos se dirigieron a la puerta de la ermita, así que llegamos arriba.

¡Allí estaba!

Con su vestidito negro muy usado y descolorido, el cabello sujeto con un alfiler y sus pies descalzos, blancos como la nieve, me pareció mas hechizera que nunca.

Era Rosalia, la hermosa mendiga de la aldea, que cantaba la letanía llenos de lágrimas sus ojos: una pobre huérfana que pedía limosna a la puerta de la iglesia.

En la aldea decían que estaba loca, porque no hablaba con nadie, ni se sabía en que nido de la montaña se recogía por la noche aquella pobre golondrina.

¡Ah! yo amaba a la santa niña que cuidaba a los enfermos y pedía limosna para repartírsela a los pobres.

Todas las mañanas al toque de alba aparecía en la puerta del templo; yo la veía allí cuando iba a oír la primera misa: después andaba por el pueblo, y a la caída de la tarde, cruzaba el puentecillo de tablas, y siempre tenía una rama de romero que dejaba caer al pasar por donde yo estaba, y que yo cogía ávido para colocarla en mi habitación junto a mi lecho.

Después se arrodillaba en uno de los picos de la roca hasta que la campana de la torre sonaba el *angelus*, y caían las primeras sombras de la noche.

Luego desaparecía.

Era, pues, una alborada de julio, la festividad de la Virgen, cuando Rosalia cantaba a la puerta de la ermita.

Todo desapareció para mí así que estuve en su presencia, y me puse a contemplarla, mientras que mi hermana arrodillada unía su voz al clamor general.

Rosalía era alta y delgada, como esas jóvenes adolescentes que empiezan a soñar el primer amor: su cara, larga, blanca y descolorida, pero de una blancura transparente, casi diáfana, que contrastaba visiblemente con sus ojos negros y rasgados, de mirada apagada y triste, y como una

mujer que ha sufrido y llorado mucho, tenía un círculo amoratado alrededor. La boca era pequeña, de líneas suaves que indicaban la bondad de su carácter: aquella cabeza llena de unción como la de una dolorosa, descansaba en un torneado cuello de cisne.

Ya he dicho antes que iba descalza, y ¡cosa singular! el cutis de su pie era blanco y finísimo como el raso, marcándose las azuladas venas, del mismo modo que las vetas de color en un pedazo de mármol.

Tal era la niña que había despertado en mi corazón de quince años un sentimiento dormido aun.

III.

¡Rosalia me ama!

Así decía yo la noche de la fiesta en la ermita, después que la campana de la torre sonó la oración de la tarde, y cuando las sombras del crepúsculo empezaban a caer.

¡Rosalia me amaba, sí!

Al tiempo de pasar por delante de mi huerto, después de haber dejado en el suelo, como lo hacía todas las tardes, el ramo de romero, la había sorprendido grabando un nombre en la corteza de un árbol.

Aquel nombre a medio concluir era el mío.

¿Qué faltaba, pues, a mi felicidad?

IV.

El cementerio de la aldea está siguiendo la corriente del arroyo que cruza por mi huerto, como a un tiro de fusil de la última casa.

Es un campo lleno de cruces, donde brota alguna flor amarillenta y nada mas.

¿Por qué hablo del cementerio?

Han pasado algunos meses después de la fiesta, el invierno ha llegado, y el campo que ostentaba su frondosa vegetación, ahora está mustio y amarillento como las flores del cementerio.

¿Qué me importa el campo y las estaciones cuando Rosalia ha muerto?

Hace poco me paseaba en el sendero de la montaña para oír el tañido de las campanas cuando repicaban alegres llenando el espacio de armonía.

Ahora su sonido es mas triste que el *de profundis* que entonan en la iglesia.

También contesta ahora el esquilon de la ermita.....

¡Dios mío!

Perdido entre las sinuosidades de la montaña parece su acento un ¡ay! melancólico de un alma en pena.

Allí está, en la iglesia, su cuerpo inanimado; no tiene mas que dos luces.....

Dies iræ, dies illa.....

Una flor mas va a nacer en el cementerio.

¡Rosalia! Rosalia!.....

Todo va a terminar.

Dos hombres esperan a la puerta del cementerio; la fosa está abierta.....

¡Adios para siempre!.....

Solo se escucha el ruido que hace la tierra al caer sobre la fosa.

V.

El marido de mi pobre hermana era un hombre estúpido y soez, que no comprendía el cariño que su mujer abrigaba hacia mí.

Por otra parte, yo era un ser inútil en la casa, pues la educación que había recibido de Luisa me ponía fuera de combate tocante a operaciones agrícolas, y en un pueblo de tan escaso vecindario, ¿qué había yo de hacer, si no tenía medios hábiles para utilizar mis conocimientos?

El jornal de mi cuñado era muy escaso, y nuestras necesidades mayores cada día.

Empezó su plan de ataque por fruncir el ceño, cuando nos sentábamos a la mesa y no dirigirme la palabra.

Yo tenía destrozado el corazón con la muerte de la mujer a quien amaba, de modo es que apenas me ocupaba de semejante cosa.

Rotas las hostilidades por parte de mi cuñado, ya nada debía detenerlo, y con una tenacidad

sin ejemplo empezó a seguir un plan del que se prometía excelentes resultados.

Mi hermana, que desde un principio conocía cómo iba a terminar aquella lucha entre nosotros, se esforzaba, aunque en vano, en distraer a su marido y hacerle abandonar sus propósitos.

¡Pobre hermana mía!

¿Qué podía hacer tanta ternura y debilidad en quien desconocía la una y se aprovechaba de la otra?

Una tarde a la oración, cuando me retiraba del cementerio donde oraba por el alma de Rosalia, consolándome con su memoria, sentí voces en mi casa como si alguien disputase.

Entré: mi hermana estaba llorando, y su marido al verme salió de la habitación.

¿Qué sucede, pobre Luisa? la pregunté, en tanto que ella me besaba en la frente.

—Nada, nada, me contestó; pero un raudal de lágrimas se desprendió de sus ojos.

Yo insistí para que me confesara la causa de su dolor.

—Vamos a tu cuarto, me dijo, tenemos que hablar.

Mi habitación era una especie de bohardilla cuya ventana daba sobre el arroyo; allí tenía yo mi lecho, mis libros y el romero que dejaba caer Rosalia todas las tardes al cruzar el puente.

Encendió una luz y subimos.

—¡Pobre hermano mío! exclamó sin dejar de sollozar, y sentándose sobre el tablado.

—¿Pero qué sucede, Luisa? ¿A qué viene ese llanto?

—No, yo no podré consentir en ello; yo no me separaré de ti, balbuceaba: ¿que dirá nuestra madre que está mirándonos desde el cielo?

Al punto comprendí de lo que se trataba, y se me oprimió el corazón.

—Luisa, tu marido quiere que salga de aquí: ¿es cierto?

—Sí; pero no te irás, hermano mío, no me abandonarás ¿qué va a ser de ti?..... ¡Dios piadoso!.....

—¡Pobre Luisa! dije besando con respeto una de sus manos, ¡cuántos disgustos te he proporcionado desde que nací!.....

Y lloraba la infeliz con una angustia indecible.

—Cálmate, proseguí, yo partiré: tu marido lo quiere y es muy justo..... yo aquí soy un estorbo con mi inutilidad.

—¿Pero donde irás desdichado?

—No sé; Dios me guiará..... en él espero.....

Luisa se retorció las manos con desesperación.

Hubo un momento de silencio: Luisa ya no lloraba y me contemplaba con estraviados ojos.

Por la parte de afuera silbaba el viento con fuerza, rasgándose en los picos de la roca y moviendo las maderas de la ventana.

De vez en cuando se agitaba la campana de la iglesia, que producía un sonido funebre y quejumbroso, muy en armonía con lo triste de nuestra situación.

Yo me levanté después de adoptar mi partido, y empecé a hacer mis preparativos de marcha.

Luisa al pronto quiso detenerme; pero no tuvo fuerzas y cayó arrodillada ante una imagen de la Virgen que había en mi cuarto.

En el piso bajo se sentían los pasos de su marido.

¿Qué noche aquella!

Yo no sabía lo que era abandonar la pobre choza que le ha visto a uno nacer; donde ha pasado tantas penas y tantas alegrías; donde ha muerto un padre..... una madre.....

¡Dios mío! Dios mío!

¡La casa..... el hogar..... es la mitad del alma; cada rincón es un recuerdo, una tradición..... la vida entera de una familia.....

¡Pobre de aquel que abandona la casa en que ha nacido, aun cuando en ella haya sido desgraciado, sin sentir que el corazón se le rompe en pedazos y manda a los ojos lágrimas que abrasan!

¡Pobre de aquel que después de muchos años de ausencia, entre en el hogar de su familia, sin descubrirse la cabeza ni murmurar una oración!

Mil recuerdos en tropel vinieron a asaltar mi pobre imaginación en aquel momento; recuerdos

tristes y alegres.... de ilusiones y desengaños....

En primer lugar, los recuerdos de mi niñez con todo lo que tienen de misterioso y grato para el hombre: el hombre cuando era niño, cuando su pensamiento estaba virgen de toda culpa....

El beso de la madre, la primera comunión, la bendición del padre moribundo....

Las fiestas de la aldea, el día del Señor, radiante de sol y felicidad, la verbena, el día de los Difuntos, Noche buena....

Todas esas alegrías domésticas, presididas por un padre ó una madre, entre los hermanos, y el mendigo que nos hace compañía en el hogar, mientras el perro nos lame la mano ó juega con las cintas de los zapatos....

Todas estas ideas bullían en mi imaginación sin orden ni concierto, al pensar en mi inusitada viaje, en tanto que mi hermana arrodillada, rezaba en alta voz la poética salutación del Ángel, y el viento se estrellaba en la ventana.

—Luisa, dije, con moribunda voz cuando mis preparativos estuvieron terminados, voy á partir: no sé á dónde; pero voy á separarme de ti quizá para siempre. No llores, que Dios es bueno, y no me abandonará si tu se lo ruegas, pues Dios no desoye á los que esperan en él. Luisa quiero pedirte un favor: tu has sido para mí mas que hermana, una madre cariñosa.... por tanto, desearia que me dieras una cinta, un pañuelo, cualquier cosa que te haya pertenecido, con tu santa bendición. Despues que la haya recibido, proseguí echándome á sus piés, así que sienta sobre mi frente el beso de despedida y las lágrimas que vierten tus ojos, partiré mas tranquilo, si no mas consolado.

Luisa no hablaba, no hacia mas que llorar y besarme.

Levantó los ojos al cielo y delante de la sagrada imagen de Maria, me dió su bendición.

Estaba amaneciendo: la mañana era fria y nublada.

En el último recodo que forma el sendero de la montaña, delante de mi casita, que se veia á lo lejos como una paloma durmiendo entre la jara, estaba yo aun, cubierto de escarcha y llorando.

De pronto, siento ruido detrás de mí, vuelvo la cabeza y....

—¡Gran Dios!

Rosalía se presentó á mis ojos con su ramo de romero y sus piés desnudos....

—¡Adios! me dijo, y desapareció.

VI.

Yo vivia en Madrid en una habitación tan reducida y mezquina como mis recursos.

Nunca habia estado en una ciudad tan populosa, ni que me ofreciese tantos atractivos; pero yo tenia aun el corazón oprimido con la triste despedida de mi pobre Luisa y con la aparición de Rosalía, que solo á mi estraviada imaginación atribuía.

—Cuando el alma está triste, los objetos esteriorees nada suponen para ella, y la mía no podia estarlo mas.

—¿Qué iba yo á hacer en Madrid, sin relaciones y sin dinero?

Esta pregunta que me hacia yo á mí mismo todas las mañanas al despertarme, era el torcedor de mi espíritu, que me perseguia sin cesar como el zumbido de un mosquito.

Sin embargo, confié en que Dios me inspiraría algun pensamiento de salvación.

Yo habia hecho amistad con un jóven llamado Leon, que escribia en casa de un procurador manteniendo con su escaso sueldo á su madre y hermana; era un muchacho honrado y simpático en seguida.

Me llevó á su casa una tarde: vivia en un piso quinto en la calle del Prado.

Estaba anocheciendo, y la luz de la habitación era muy escasa: habia tres personas, su madre, su hermana, y una muchacha de la vecindad, prometida de Leon; pero yo no podia distinguir las facciones de ninguna de las tres, aun cuando estaba muy cerca de la última.

Leon era locuaz en extremo, y estando á su lado no habia medio de terciar en la conversacion mas que por monosílabos.

Yo no tenia muchos deseos de hablar; sentia una cosa inexplicable, una curiosidad de ver la cara á la prometida de Leon, que permanecia silenciosa, desde que entré en el aposento.

La madre y hermana de mi amigo reian á mas no poder, y mi curiosidad crecia por momentos.

De pronto se iluminó la habitación: miré á la jóven que estaba sentada á mi derecha y di un grito.

La semejanza no podia ser mas completa con Rosalía.

Ella me miró, y se puso horrorosamente pálida.

—¿Qué tienes, amigo mio? preguntó Leon, ¿te sientes malo?

—No, no es nada, contesté yo maquinalmente sin atreverme á levantar los ojos.

—Se á alucinacion de mis sentidos, decia yo en mi interior. Rosalía ha muerto; yo he visto caer la tierra sobre su cuerpo inanimado....

Y tranquilizado con esta idea, me atrevi á mirar.

Esta vez no chisté ni hice el menor movimiento; pero la sangre se me heló de terror.

Era ella, tal como la vi en la ermita de mi aldea el día de la Virgen.

Sin embargo, no abrigué mas tiempo la idea de dar á aquella aparición un caracter sobrenatural. Me admiró el parecido, y nada mas.

Pero oí su voz y temblé....

La misma dulzura en su acento, las mismas inflexiones, la misma amabilidad....

Aquel portentoso fenómeno empezaba á hacerme desvariar.

Y lo que mas llamaba mi atención era la timidez con que me miraba, el rubor de su semblante al fijarse mis ojos en los suyos, y la balbuciente voz con que contestaba cuando era interrogada.

Yo no podia estar allí mas tiempo; necesitaba respirar el aire del campo, porque me ahogaba... cogi el sombrero y me lancé á la calle; creo que ni aun me despedí.

—Mi pecho latia con violencia; tenia calentura.

No habia duda, yo era victima de una terrible fascinación. Aquella noche mi sueño fué agitado por mil fantásticas visiones.

VII.

Pasaron tres meses; yo no habia vuelto á ver á Leon desde aquella noche, y aun cuando él me buscó con ansico, yo traté de huir.

—Mi imaginación estaba mas tranquila respecto á las ideas que el recuerdo de Rosalía me hiciera concebir; pero mi estado era el mas miserable: hacia veinticuatro horas que no habia tomado alimento alguno, y vagaba por la calle con vacilantes pasos, lo mismo que se desliza una sombra en la pared.

Ya no lloraba, vivia maquinalmente.

La mañana estaba fria como mi corazón; y una neblina parda descendia sobre la villa, dando un aspecto fantástico á todos los objetos.

De pronto me siento coger de brazo, y oigo la voz de Leon franca y jovial como siempre.

—Celebro encontrarte, picaron. ¿Dónde diablos te has metido que no te se ha visto el pelo en tanto tiempo?

Yo me escusé como pude.

—Vente conmigo, prosiguió: hoy no me abandonas, ó mejor dicho no te abandono yo: comerás con nosotros en mi casa; y mi madre y mi hermana tendrán mucho placer en verte. Acabo de casarme no hace todavia tres horas.

—¿Te has casado? le interrumpí.

—Hombre, que aire tan asombrado tienes.

—Pero.... ¿Con quién te has casado?

—Con Rosalía; ya la conoces.

—¿Con Rosalía? dije palideciendo: tu deliras.

—Hombre, si conoceré yo á mi mujer, prosiguió Leon riéndose de mi asombro.

—Un temblor convulsivo agitó mis miembros: me apoyé en el brazo de mi amigo y marchamos.

A los pocos momentos estábamos en el umbral de su casa, jadeante yo de fatiga y con una ansiedad indecible.

La puerta se abrió, penetré en la sala y caí desahogado sobre una silla.

Rosalía estaba allí con su traje de desposada, mas encantadora que nunca lo estuvo mujer alguna.

Tambien ella temblaba como yo: esta afinidad de emociones me volvia loco.

Leon salió por yo no sé qué cosa que habia olvidado comprar, y como tenia confianza conmigo, me dejó solo: su madre y hermana, en las habitaciones interiores, estaban disponiendo sus trajes, de modo es que yo podia hablar sin testigos á aquella mujer.

—¡Sois vos, Rosalía! exclamé sin poder contenerme y mirándola de hito en hito.

Ella hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

—¿Pero me conocéis? sabeis quién soy? habeis estado en Sierra Nevada?.... ¡Ah! no me enañeis, por favor.

Rosalía, sin contestar á ninguna de mis preguntas, ó por mejor decir, contestando á todas ellas, sacó del bolsillo un ramo de romero y le acecó á mis labios.

Ya no dudé mas.

Cogi su mano, fria como la nieve, y la besé; despues me senté á su lado, abracé su delicado talle y la di otro beso en la frente, riendo como un insensato.

Ella estaba inmóvil, mirándome cariñosamente.

Pero me asaltó un terrible pensamiento, y la rechazé de mi lado.

Aquella mujer pertenecia á otro.

—¡Ah! vos me habeis engañado menospreciando mi amor por otras caricias. Vos habeis pronunciado hace poco un juramento que nos aparta el uno del otro para siempre.... dejadme.

Rosalía enjugó una lágrima y se arrodilló á mis piés.

—Yo he muerto hace un año, y solo á ti perteneczo, murmuró débilmente.

—¡Aquella mujer habia muerto y hablaba!.... ¡y latia su seno agitado, y sus labios brotaban fuego al posarse en mi mano!....

—Pero si no perteneces á Leon, si no le amas, ¿cómo te encuentro en este sitio, y cómo las galas del desposorio atavian tu delicado talle?

—Yo no amo á nadie mas que á tí, y estoy siempre donde tu estás.... ¿Por qué abandonaste tu casita blanca de la aldea?

—Rosalía, por favor; dime si estoy soñando, si soy victima de una ilusion.... ¡Oh, esto es imposible!

—¿Quieres seguirme y ser mio para siempre? me preguntó rodeando mi cuello con su torneado brazo de virgen.

Yo no contesté sino dirigiéndome hacia la puerta.... estaba loco.

Rosalía empezó á despojarse de sus galas, y en un momento apareció á mis ojos con su antiguo vestido negro, y sus cabellos recogidos por un alfiler.

—Marchemos, dijo deslizándose por el aposento.

Yo la seguia maquinalmente, temiendo encontrarme en el camino á Leon ó alguno de su familia.

Salimos á la calle.

Yo rezaba en alta voz para librarme de aquel espíritu; pero el espíritu me perseguia en mi precipitada fuga.

Tuve miedo y caí de rodillas invocando el nombre de la Virgen....

A la mañana siguiente encontraron mi cadáver sobre las frias losas de una calle.

VIII.

En una alborada de julio caminaba yo por el sendero de la montaña que conduce á mi casita blanca de la aldea.

Las campanas de la iglesia volaban alegremente, y arriba, en lo mas intrincado de las rocas, contestaba el esquilon de la ermita como un canto de alegría.

Era la festividad de la Virgen.

Todos los habitantes de la aldea iban en romería hácia el santuario; pero pasaban por mi



SUTADSES (Tártaros meridionales).

ado, y aun cuando yo saludaba cortesmente á mis antiguos compañeros, nadie me devolvía el saludo.

—¿Qué es esto? decía yo entre mí. ¿Tan desfigurado estoy que nadie me reconozca?

Y empecé á gritar: Yo soy Anselmo, buenas gentes, Anselmo que vuelve gozoso á su querida aldea.....

Pero las buenas gentes pasaban sin hacer caso de mis voces ni de mi persona, y aquello empezaba á incomodarme.

—¡Por vida mía que esto es extraño! exclamé deteniendo por el brazo á un amigo vecino: ¿no me reconoces tu tampoco?

Pero el hombre se quedó parado sin apercibirse de nada.

Entonces yo corrí como un loco por una senda transversal que iba á parar á la margen de un arroyo, con objeto de mirarme en su límpida corriente, y conocer de este modo el cambio que el tiempo habia obrado en mis facciones.

Me asomé..... y no vi nada. Acerqué mi semblante cuanto pude al arroyo, y..... tampoco apareció en sus aguas.

¡Qué es esto, Dios mío! exclamé asustado. Hagamos otra prueba; y me volví dando la espalda al sol que brillaba en todo su esplendor; pero sin que se marcara en el suelo el mas ligero contorno.

Lloré, di voces..... mi oído no llegó á percibir las.

Mas ligero que el viento seguí la margen del arroyo en direccion hácia mi casa, que asomaba por entre el ramaje.

Crucé el puente, atravesé el cercado, la puerta de la habitacion estaba abierta y penetré por ella.

¡Gran Dios!.....

En medio del aposento habia un hombre sentado en un banco haciendo un ramillete de flores silvestres; una mujer jóven y bonita, pero escusivamente palida, le ayudaba en aquella operacion.

El hogar humeaba, y en el fondo del aposento, sobre la puerta que conducía al piso superior, una modesta lámpara de vidrio lucía ante una hermosa imagen de la Virgen.

Así que hubieron concluido su ramillete, ambos á dos salieron de la casa y atravesaron el puente, dirigiéndose hácia la ermita.

Yo estaba atónito: entré en la habitacion y me senté al hogar.

Y pasó la mañana, y vino la tarde.

Los alegres clamores de la gente que se retiraba de la ermita, repetidos por el eco, hababan

por la montaña de roca en roca, llegando á mis oídos mas claros y perceptibles cada vez.

Yo lloraba. Luego se abrió la puerta, y apareció en su dintel la amante pareja que salió por la mañana.

Comieron tranquilamente, rezaron sus oraciones y luego se retiraron á descansar; todo esto sin reparar en mí que habia estado á su mesa y me hallaba á la cabecera de su lecho.

¡Qué mi terio! Aquel hombre era.....

Era yo mismo, y la mujer, Rosafía.

Toda aquella noche velé su sueño pacífico y tranquilo; pero cansado ya al ver que se prolongaba tan raro fenómeno, quise hacer un esfuerzo para llamarles la atencion y volví á gritar.

Yo no me oia.

La mujer sonrió besando á su marido.....

Después la lámpara de la Virgen se agitó un momento, y dejó de lucir.

PEDRO ESCAMILLA.

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

(Continuacion.— Véase el n.º 9.º)

La constancia de los vientos *alisios* (1) cuya direccion y fuerza tienen igual regularidad, hace que los marineros tengan poco cuidado de trabajar y permanezcan ociosos. Pero a bordo del *Lion* se encontraba medio de proporcionarles un ejercicio moderado y saludable. Los unos trabajaban en diferentes ventiladores, los otros limpiaban los cuartos y demas puntos de la embarcacion. Los carpinteros y armeros estaban empleados con diversos ayudantes en hacer ó reparar las obras de su arte. Algunos marineros hacían el *ajuste* (2) con el cordelaje, otros convertían los cables viejos en hilo de carret. Un gran numero de ellos cosían las velas nuevas, ó repasaban las que estaban usadas. Habia tambien marineros que componían sus vestidos, y resultaba, por este medio, la economia particular y la utilidad pública.

En estas ocasiones la cubierta del buque pre-

(1) Vientos que reinan constantemente en los trópicos.

(2) Union de dos cabos.

sentaba, en alguna manera, el espectáculo de un taller, de una fabrica de velas ó de alguna otra gran fabrica.

Gracias á los medios que hemos mencionado, los enfermos se restablecieron y se prepararon á los regocijos que hay costumbre de hacer cuando se pasa la linea. No hay duda, la entrada en otro hemisferio debe, la primera vez que se efectúa, cautivar la atencion de todos aquellos que la presenciaban, y parecerles un gran acontecimiento. El comandante de la embarcacion que tuvo la dicha de abrir esta carrera, animó probablemente á sus compañeros á manifestar la alegria de que él participaba. Los hombres de clase inferior que no conocian de la vida sino los trabajos á que nos obliga, cuidan de no olvidar las ocasiones, siempre tan raras, donde puedan gozar de un rayo de felicidad é independencia. Eso les hace con mas facilidad soportar su subordinacion y aun sus trabajos. Sin embargo, no se les ve abusar de la libertad que se les concede. Las mas veces se cansan bien pronto de lo que habian deseado con tanto empeño, y de lo que se prometían gozar mucho; sintiendo que la ociosidad deja al instante de ser agradable, y vuelven tranquilamente y con una verdadera satisfaccion á sus acostumbradas tareas.

Hé aqui cuales fueron las distracciones de la tripulacion del *Lion* cuando pasó la linea.

Se dió á un marinero de una bella figura y de un aire imponente el traje que se supone ser del Dios de la mar; Entonces este nuevo Neptuno, armado de un tridente y teniendo sus vestidos mojados del elemento sometido á su poder, se presentó en la proa de la embarcacion, como si saliera del seno del Océano, y preguntó con voz fuerte cual era el barco que se atrevía de aquella suerte á entrar en su imperio. En aquel momento, Lord Macartney, Sir Erasme Gower, los oficiales y pasajeros que estaban sobre el castillo de popa, se levantaron todos, y dieron al Dios interrogador el nombre de la embarcacion y el objeto del viaje: Neptuno con una conveniencia digna de él, se adelantó con paso magestuoso, y después de haber hecho un saludo al embajador, le presentó un pescado recién cogido para darle parte de las producciones de sus dominios. El Dios fué acogido con el mayor respeto, y todos los espectadores le dieron dinero para él y para sus compañeros. Es verdad que estos donativos fueron voluntarios por parte de las personas que habian ya pasado la linea, pero los exigió de aquellos que por primera vez lo verificaban. Era preciso pagar el tributo ó someterse á ceremonias muy alegres y graciosas para los que es-

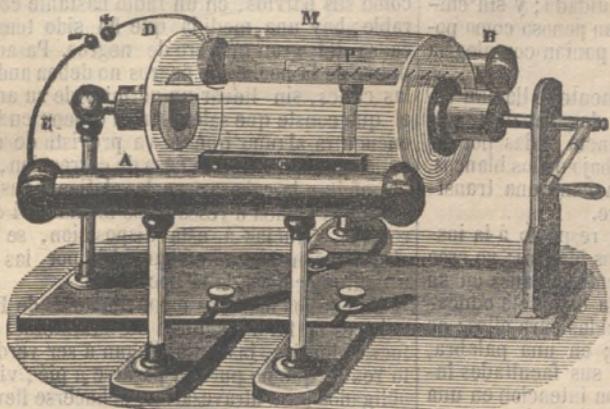


Fig. 1.ª

Máquina eléctrica de Nairne.

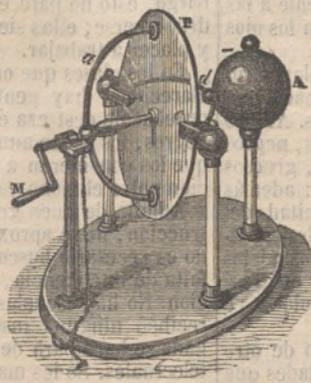


Fig. 2.ª

Máquina eléctrica de Van-Marum.

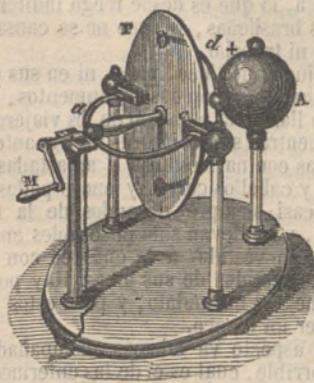


Fig. 3.ª

tan iniciados en los misterios; la fiesta se terminó con una gran comida, acompañada de la música de una gaita y de las libaciones, si no excesivas, al menos abundantes, de un licor que alegraba.

En los alrededores de la línea, la estancación de la atmósfera es muchas veces causa de que el calor equinoccial obre con mucha fuerza sobre el cuerpo humano. Pero al paso del *Lion* y del *Hindustan*, había muy poca calma. La brisa del sud-este se dejaba sentir regularmente, y el aire era agradable. Sin embargo, el horizonte se aproximaba á la vista, y la bóveda de los cielos no parecía formar sino una pequeña parte de círculo; las nubes descendían hasta el Océano; tocaban además en muchos puntos, y cogían una parte de sus olas: entonces se veía al agua elevarse y cargar la encorvada nube.

En este paso vimos pocos pájaros, y tomamos pocos pescados. No obstante, nuestros marineros tuvieron el gusto de destruir á un enemigo, lanzando el arpon á un tiburón de muchos piés de largo y cuya enorme boca y numerosas filas de dientes anunciaban la voracidad. Disecándole se halló que no tenía pulmones. El interior de su pecho parecía no tener sino un pericardio, ó sea una envoltura del corazón. Los cinco agujeros que tenía detrás de la cabeza comunicaban simplemente con los oídos colocados cerca de las mandíbulas. Un soberbio delfín que fué cogido en la línea nos dió ocasion de observar cuanto varían los colores de este pescado en el momento en que muere. De amarillo se vuelve gradualmente azul y color de púrpura.

Estábamos por los 22° 40' de latitud sur, cuando descubrimos la tierra del Brasil.

Antes de esto habíamos hecho inútiles esfuerzos para encontrar el banco de Abrolhos, señalado en las cartas, según la autoridad del almirante Auson, y de muchos capitanes de la compañía de Indias.

De esta suerte en sesenta días pasamos de las costas de Inglaterra á las de América meridional. Si de este tiempo se rebaja los 19 días que pasamos ya en Madera, en Tenerife ó en Sautiago, se hallará que cada día de navegación, hicimos uno con otro mas de 150 millas; y no recordamos á ningún otro navegante que haya hecho este viaje en menos tiempo.

La tierra que habíamos visto estaba al norte de la isla de Frio: era muy alta, irregular, tenía muchas montañas puntiagudas con grandes líneas blancas y verticales que se parecían á las aguas cayendo de una cascada, ó á las venas del mármol.

Al gobernar por Sur hacia Frio, se descubría una pequeña isla poco elevada y á distancia de cerca de 3 millas del continente. Parece que hay allí un paso fácil entre aquella isla y la tierra. La isla de Frio se halla situada al sud-este y cerca de 8 leguas de la primera. El rio entre estas dos islas no ofrece ninguna clase de peligro. La tierra de Frio es alta, y tiene en el centro un hundimiento que la hace parecer dos islas separadas. **Surcando al Oeste, hacia Rio-Janeiro se ve la**

costa cubierta de arena blanca: la tierra está alta é irregular; dos ó tres islas pequeñas se encuentran cerca de la costa.

La entrada del puerto de Rio-Janeiro se descubre, según lo advirtió Sir Erasme Gower, cuando se veía el fuerte de Santa Cruz, y un islote fortificado que está frente por frente y que se llama el fuerte *Lucia*. Entre estos dos fuertes se halla el canal que conduce al puerto: tiene cerca de una milla de ancho, y sus bordes están muy altos por ambos lados. El del lado del fuerte, Santa Cruz está á pico; y cuando sube la mar, tiene cerca de seis brazas de agua. Lo corto de este paso hace que el reflujo sea violento, pero como la brisa del ancho sopla con fuerza, jamás puede impedir la entrada en el puerto: cuando se verifica, es necesario, mientras se pueda, seguir el centro del canal ó mejor, tenerse un poco mas del lado del fuerte de Santa Cruz.

Creemos oportuno interrumpir á Lord Macartney y sustituir á su descripción de Rio-Janeiro que data de 1792, una mas reciente.

La descripción de Rio-Janeiro que vamos á tomar es la de Mme. Ida Pfeiffer, y al compararla con la de Lord Macartney, hemos podido notar que estos dos viajeros han visto y descrito del mismo modo ciertas partes de la ciudad, y algunas particularidades de costumbres que sesenta años de intervalo no han podido aun modificar (1).

«Era el 17 de setiembre por la mañana, cuando despues de dos meses y medio de travesía puse el pié en tierra. El mismo capitán nos acompañó, despues de haber encargado á cada uno en particular el que procurase no entrar nada de contrabando, y sobre todo, cartas cerradas. En ningún punto, decía, están los aduaneros tan rigurosos, ni se imponen tan grandes multas.

Cuando vimos al barco de guardia, casi tuvimos miedo, y nos creímos que el registro iba á ser de piés á cabeza. El capitán despues de haber pedido el permiso para que desembarcásemos, al punto se le concedió, y por allí todo quedó concluido. Mientras que permanecimos en la embarcación, y que no hicimos sino ir á la ciudad y volver, nunca se nos sujetó á ninguna visita, solamente cuando llevamos con nosotros los cofres y cajas, nos fué preciso ir á la aduana, cuya visita es muy rigurosa y los derechos de mercancías libres, si otros objetos son muy elevados.

Bajamos por la *praya dos Mineiros*, plaza sucia, asquerosa, poblada de algunos negros tan puercos y tan bediondos que se hallaban agrupados al sol, y vendían frutos y golosinas de las que hacían el elogio con los gritos mas decompasados. De allí nos fuimos directamente á la calle Mayor (rua Direita) que no tiene otra belleza que el ser ancha. Contiene muchos monumentos públicos, entre otros, la aduana, la casa de postas, la bolsa, el cuerpo de guardia, que no ofrecía nada de particular; y aun no llamaría la

atención sin la multitud que siempre estaba á la puerta.

Al fin de esta calle se encuentra el palacio del Emperador, de construcción ordinaria, y sin ninguna pretension en gusto ni arquitectura. La plaza que hay delante del palacio (largo do Paco), adornada con una fuente muy sencilla, se encuentra muy sucia, y por la noche sirve para que se recojan á dormir muchos pobres y negros libres que por la mañana, sin reparo de ningún género, se lavan y peinan delante de toda la gente. Una parte del terreno está rodeado de tapias, y sirve de mercado para el pescado, frutas, legumbres y aves.

De las demas calles, las mas notables, son la *rua Misericordia* y la *rua Ouvidor*: hay en esta última los mas ricos y grandes almacenes; pero no hay, sin embargo, que esperar encontrar allí rasgos de nuestras ciudades de Europa: nada se ve allí de particular que llame la atención por bello y precioso.

La unica cosa que me dió gusto el ver, fueron los almacenes donde se ostentaban flores artísticas de todas clases, hechas con mucha habilidad de plumas de aves, de escamas de pescados y alas de insectos.

De las plazas, la mas bella es la *largo do Rocío*; la mayor, la *largo Santa Ana*. La primera se encuentra en general bastante limpia; en esta se encuentra la ópera, el palacio del gobierno; el de la policia y otros edificios. De aquí es de donde parten la mayor parte de los ómnibus que recorren la ciudad en todas direcciones.

La segunda se distingue entre todas las demas por lo puerca que está; cuando estuviere en ella por primera vez, vi en ella cadáveres de perros y galos, y al mismo tiempo una mula en putrefacción. Una fuente es el unico adorno de aquella plaza, y casi preferiría mucho mejor que no la tuviese, porque como el agua dulce es muy rara en Rio Janeiro, la noble corporación de lavanderas establece su cuartel general cerca de las fuentes, sobre todo cuando hay sitio donde tender la ropa para que se seque. Allí se blanquea, se estiende, se habla y se grita de tal manera, que el viajero trata cuanto antes de huir de aquel punto.

Las iglesias nada ofrecen de curioso ni por dentro ni por fuera. Las que tienen algo que ver son la iglesia y claustro de *Santo Bento* y la *Candelaria*, que de lejos tienen bastante buen aspecto.

La unica construcción, verdaderamente bella é imponente, es el acueducto, que en ciertos sitios parece ser obra hecha por los romanos.

Las casas están construidas á la europea; pero pequeñas y mezquinas: la mayor parte no tienen parte baja y un piso; el tener otro no es muy frecuente. No se ven aquí como en otros países calientes, las terrazas y patios adornados de elegantes balaustradas y de hermosas flores. Las fachadas de las casas suelen tener balcones pequeños, balcones de muy poco gusto; y los postigos, de madera maciza; cierran sus ventanas para impedir que el menor rayo de sol penetre

(1) Viaje de una mujer alrededor del mundo, por Mme. Ida Pfeiffer.—Paris, librería Hacliette; calle Pierre Sarracin, 14. — 1808. — Precio: 3 fra. 50 céntos.

en las habitaciones. Se está en una oscuridad casi completa, lo que es desde luego indiferente a las señoras brasileñas, porque no se cansan los ojos en leer ni trabajar.

La ciudad no tiene, pues, ni en sus plazas, ni en sus calles, ni en sus monumentos, nada que ofrezca llamar la atención de los viajeros. Allí no se encuentran sino criaturas repugnantes, negros y negras con narices feas y aplastadas, gruesos labios y cabellos cortos y encrespados: además están casi siempre desnudos de la mitad del cuerpo, y no llevan sino miserables andrajos; algunos van vestidos á la europea con los viejos y raídos vestidos de sus amos. Hay por cuatro ó cinco negros un mulato, y para estos solo se ve aparecer un blanco.

Este aspecto va además acompañado de otros mas horrible, cual es el de las enfermedades que á cada paso se presentan á la vista; la mas común es la *elefantiasis*, que degenera con mucha frecuencia en una pierna monstruosa; tambien hay muchos ciegos. La fealdad general se estienda hasta los perros y gatos, que recorrian las calles en gran número; por la mayor parte del cuerpo se encuentran pelados y cubiertos de úlceras y sarna.

Quisiera poder trasportar aquí á los viajeros que se quejan de las calles de Constantinopla, y que dicen que el interior de aquella ciudad destruye el efecto exterior. Es cierto que el interior de Constantinopla es bastante súpico, que sus pequeñas casas, sus estrechas calles, sus caminos tortuosos y sus perros asquerosos, no presentan al viajero un espectáculo pintoresco; pero bien pronto ve magníficos edificios del tiempo de los Moros y Romanos, soberbias mezquitas y magníficos palacios, y atravesa inmensos cementerios que le hacen meditar. Las gentes despejan para dejar pasar un pacha ó un gran sacerdote montado en un magnífico caballo, y rodeado de una brillante escolta; se ven Turcos vestidos con sus vistosos trajes, mujeres turcas, cuyos ojos de fuego brillan á través de sus velos; se ven Persas con sus elevados birretes; Arabes de noble fisonomía, sacerdotes con casquetes de color de fuego y con trajes plegados, y de cuando en cuando carruajes cubiertos de pintura y dorados, y tirados por bueyes magníficamente enjaezados.

Estos espectáculos son allí los que compensan estensamente las cosas desagradables que se notan por uno y otro lado. En el interior de Rio Janeiro, por el contrario, nada hay que os pueda encantar y compensaros; no se os presentan á vuestros ojos sino objetos repugnantes.

Hasta que no pasé allí algunas semanas no me pude acostumbrar algo á ver negros y mulatos; entonces encontré entre las jóvenes negras algunos rostros bonitos, y entre las brasileñas y portuguesas de color un poco subido, caras llenas de espresion: el don de la belleza parece menos frecuente en los hombres.

La animacion de las calles está lejos de ser tan grande como podria suponerse despues de las descripciones que se han hecho; no puede compararse á las de Nápoles y de Mesina. Los que hacen mas bulla son los mozos de cuerda negros, y sobre todo los que entre ellos cargan los sacos de café en las embarcaciones: para marchar ordenados y regular sus pasos, tienen un canto monótono. Este es muy feo, pero tienen la ventaja de avisar al peon y dejarle tiempo de librarse de cualquier riesgo.

En el Brasil, todos los trabajos súpicos y penosos de la casa ó de fuera de ella, los hacen los negros, que en general representan aquí al pueblo bajo. Muchos, sin embargo, tienen ocupaciones, y sobresalen bastante en su oficio, hasta el punto de poderseles comparar á los mas hábiles europeos. Yo ví en los talleres mas distinguidos á negros ocupados en confeccionar trajes, zapatos, obras de tapicería, bordados de oro y plata; y mas de una negra, bastante bien vestida, trabajar en los trajes de señora mas elegantes, y en bordados de lo mas delicado. Creia estar soñando muchas veces al ver á aquellas pobres criaturas que me habia figurado como salvajes libres, y viéndolo en sus bosques natales, ocupadas en las tiendas y habitaciones con trabajos para los que

se requerian tanto esmero y cuidado; y sin embargo, esto no parece serles tan penoso como podria creerse; ellas siempre se ponian con alegría y placer á trabajar.

En las clases que ordinariamente se llaman esclarecidas, hay gentes que, despues de tantas pruebas de destreza é inteligencia dadas por los negros, los ponen aun tan por bajo de los blancos, que los consideran á la fuerza como una transición entre el mono y el hombre.

Admito de buen grado que, respecto á la instruccion, no se aproximen á los blancos; yo creo no es necesario buscar solamente la causa en su falta de inteligencia, sino en la completa educacion. No hay escuelas establecidas para ellos; no reciben ninguna instruccion; en una palabra, nada se hace para desarrollar sus facultades intelectuales. Se les mantiene con intencion en una especie de infancia, siguiendo la vieja costumbre de los estados despóticos, porque el día en que este pueblo oprimido se despertara, seria terrible.

Los negros son cuatro veces mas numerosos que los blancos; y el día que ellos llegaran á comprender cuál es la fuerza que tienen en sus manos con esta superioridad numérica, la poblacion blanca podria muy bien suceder que tomara el puesto que hoy está ocupado por los desgraciados negros.

Pero me estravió en hipótesis y consideraciones, que son esclusivamente del dominio de hombres competentes: una mujer es poco capaz para juzgar tan altas cuestiones; no está en situacion de apreciarlas. Despues de todo, no ha sido mi animo sino el anunciar simplemente mis ideas respecto á este punto.

Aunque en el Brasil sea tan considerable el número de esclavos, sin embargo, en ninguna parte se halla un mercado de ellos. La ley prohibe la introduccion; pero cada año se introducen, y aun se venden, muchos millares por vias que se llaman secretas, que todo el mundo conoce y que todos aprovechan.

Las embarcaciones inglesas, es verdad que continuamente estan cruzando por las costas del Africa y del Brasil; pero cuando una embarcacion de esclavos cae en su poder, los pobres negros son tan poco libres, como si hubieran arribado al Brasil. Se les transporta á las colonias inglesas, donde deberan estar libres al cabo de diez años; pero antes de este término los poseedores les hacen morir á todos en el papel, y los pobres esclavos.... quedan esclavos.

Al cabo la suerte de los esclavos no es tan mala como lo creen muchos europeos. En el Brasil se les trata bien en general; no se les destruye con el trabajo; tienen un buen y sano alimento, y los castigos no son tan frecuentes ni tan rigurosos. Solo la desercion es la que se castiga con severidad; se empieza por condenar á darles golpes á los negros *cimarrones* (1), despues se les pone á los pies y al cuello unos hierros que se les hace llevar por algun tiempo. Otro de los castigos consis en aplicar al rostro del condenado una mascarilla de hoja de lata sujeta detrás de la cabeza con unas cadenas. Este castigo se les impone por lo regular á los borrachos y á los que comen tierra y cal. Durante mi larga estancia en el Brasil, no ví sino á un solo negro pasearse con una máscara de esta clase. Me atreveria casi á sentar que la suerte de estos esclavos es en suma menos cruel que la de los Rusos, Polacos ó Egipcios, que no tienen el nombre de esclavos.

Con gran satisfaccion mia, me pidió un negro el que le sirviese de madrina; pero en esta ceremonia no se trataba ni de bautismo ni de confirmacion. Cuando un esclavo comete un delito que merece castigo, busca ordinariamente el refugiarse cerca de un amigo de su amo, y le pide que escriba una palabra para obtener el perdón de su castigo. El que da una carta de esta clase recibe el título de padrino, y seria hacerle una grave injuria el rechazar su suplica. Yo fui bastante dichosa para sustraer de aquella manera á un esclavo del castigo que le esperaba.

Rio Janeiro esta bastante bien alumbrado, asi

como sus barrios, en un radio bastante considerable: hay una medida que ha sido tomada á causa del gran número de negros. Pasadas las nueve de la noche los negros no deben andar por las calles, sin llevar un permiso de su amo, en el que conste que salen por su orden; cuando se encuentra alguno que no va provisto de él, le detienen al punto en la casa de correccion, donde les afeitan la cabeza y se les detiene hasta que sus amos vienen á rescatarlos mediante 4 ó 5 mil reis (1). Gracias á esta disposicion, se puede circular con bastante seguridad por las calles á cualquier hora de la noche.

Uno de los mayores inconvenientes de Rio Janeiro es la falta completa de sumideros. En las fuertes lluvias, las calles llegan á ser verdaderos torrentes que no pueden pasarse á pié, viéndose obligados para atravesarlas, el hacerse llevar por negros. Entonces por lo regular cesan todas las relaciones, las calles estan desiertas, ningun convite se hace, ni aun se aceptan las letras de cambio. Se vacila en tomar un carruaje, porque las tarifas son tan ridiculas que se paga por la menor carrera, como por una jornada entera. En uno y otro caso se dá siempre seis mil reis. Los carruajes están á medio cubrir, con dos asientos y tirados por dos mulas, sobre una de las cuales va montado el conductor. Los carruajes á la inglesa con caballos son muy raros.

Respecto á lo que hay en ciencias y en artes, no diré sino algunas palabras de la *Academia de artes plásticas, del Museo, del teatro*, etc. etc. En la Academia de las artes plásticas, se ve un poco de todo, ó mejor decir, no se ve nada. Hay algunas estatuas, algunos bustos, casi todos de yeso; planos de arquitectura, diseños y una coleccion de antiguos cuadros al óleo. Yo creia verdaderamente que se habia escogido de una galeria particular, y que el desecho se hubiese puesto en la Academia. La mayor parte de los cuadros al óleo están tan mal tratados, que apenas se reconocia el asunto que podian representar, lo que al fin no es una gran desgracia. Su antigüedad es solo su mérito. Las copias de los alumnos hacen junto á ellos el contraste mas admirable. Si en los antiguos cuadros están los colores borrados, en las copias un brillo exagerado, todo; los colores, rojo, amarillo, verde, etc., se muestran en toda su crudeza, jamás tienen mezclas, ni están dulcificados ni fundidos los unos en los otros. Yo me pregunto aun hoy día, si los buenos discipulos tenían la intencion de fundar una nueva escuela para el colorido, ó si querian reparar con sus copias lo que el tiempo habia gastado en los originales.

Entre los alumnos habia tantos negros y mulatos como blancos; en suma eran muy pocos.

La música está quizas aun menos adelantada, sobre todo para el piano y el canto. En todas las familias se oia á las hijas jugar y cantar; pero las buenas gentes no tienen ninguna idea de la cadencia, de la afinacion, del conjunto y de la medida; así tienen las mas veces el trabajo de tener delante los trozos mas fáciles y mas melodiosos. La música de iglesia se ejecuta un poco mejor; de la misma suerte, la de la capilla de la corte deja aun mucho que desear. Lo que merece la preferencia, es la música militar, ejecutada sobre todo por negros y mulatos.

El teatro de la Opera no ofrece esteriormente nada de bello ni de notable, y hay que admirar en su interior un magnifico local y un escenario ancho y profundo. El teatro puede contener cerca de dos mil personas. Hay cuatro pisos con espaciosas localidades, con balaustradas formadas de barras de hierro trabajadas con arte; el conjunto es de un gusto perfecto. Los hombres solos se les admite en el patio: yo ví representarse á *Lucrecia Borgia* por una compañía italiana bastante buena. Las decoraciones y los trajes no eran del todo malos.

Si en visitar el teatro me sorprendi agradablemente, lo contrario me sucedió cuando fui al Museo. Yo esperaba que en un pais tan ricamente dotado por la naturaleza, habia de encontrar gran-

(1) Los que en las Antillas se huyen á los montes.

(1) Un mil reis vale una moneda austriaca, un florin 7/8 kreutzers, y en moneda francesa, 2 francos 88 cs.

les y ricas colecciones; recorrí numerosas y vastas salas que pudieran estar llenas un día, pero que al presente estaban bastante vacías. Lo que vi de mas interesante y verdaderamente bello, fué la colección de pájaros: la de minerales es incompleta, y la de cuadrúpedos é insectos está por bajo de toda crítica. Una de las cosas que mas escitó mi curiosidad, fueron cuatro cabezas de salvajes perfectamente conservadas: dos de ellas pertenecian á la raza *Malaya*, y las otras dos á la de la Nueva-Zelandia; yo no dejaba de considerar, sobre todo en estas últimas, que están enteramente pintadas, cubiertas de dibujos los mas bellos y artísticamente hechos y tan bien conservados como si se les acabara de quitar la vida.

Tambien visité el taller del escultor Petrich, natural de Dresde, que habia sido llamado de Roma á la corte de Rio Janeiro para hacer una estatua del emperador, en mármol de Carrara.

El emperador está representado de pié, de tamaño natural, con todas las insignias de su dignidad, el manto de arminio colocado sobre sus hombros. La cabeza tiene un gran parecido, y la estatua entera ha sido sacada de la piedra con una gran habilidad. Yo creo que este monumento estaba destinado á un edificio publico.

Tuve el gusto durante mi permanencia en Rio Janeiro de ver celebrar muchas fiestas.

La primera fué el 21 de setiembre en la iglesia de Santa Cruz, donde se celebra al patron del pais. Desde la mañana, muchos centenares de soldados se hallaban formados delante de la iglesia, y una música habilmente dirigida, ejecutaba trozos llenos de gracia. Entre diez y once empezaron á entrar los oficiales y empleados, por orden de categorías, y segun se me dijo, empezando por los oficiales de graduacion inferior: á cada uno de los que entraban en la iglesia, se les ponía una túnica de seda de color rojo oscuro que cubria todo su uniforme. Cada vez que se presentaba un oficial de graduacion superior, todos los militares ya colocados se levantaban é iban por delante del recién llegado hasta la parte de la iglesia, conduciéndole con el mayor respeto á su sitio. Por último, el emperador llegó con la emperatriz: era muy jóven (no tenia aun veinte años); pero su estatura era de seis pies, y excesivamente fuerte: descendía de la dinastía de la Lorena de los Habsburgo. La emperatriz, princesa napolitana, era pequeña y delgada, lo que hacia un singular contraste con las formas atléticas de su marido.

A poco de entrar la corte principió la misa mayor, que todo el mundo oyó con la mayor devoción. Cuando concluyó, la pareja imperial al atravesar la iglesia, para tomar su carruaje, tendió sus manos para que las besase la multitud diligente. No se dispuso este favor solo á los oficiales superiores y altos funcionarios, sino indistintamente á todos los que se presentaban.

(Se continuará.)

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el núm. 9.º)

XIX.

Su doble celebridad de genio y de belleza se aumentaba de dia en dia, y desde que aparecia en los teatros, en las fiestas ó en las academias, un murmullo de admiracion se escapaba de la multitud, y todos los ojos se volvian hacia ella para contemplarla, y las jóvenes exaltaban sus encantos, los ancianos la compadecian por una celebridad que es funesta ordinariamente para la felicidad. — Pensaban con inquietud, en cómo una mujer acostumbrada á vivir de incienso en un mundo, que hasta entonces habia sido un templo para ella, podria contentarse con un corazón solo y una posicion oscura en el hogar de su esposo.

Mil comentarios se hacian sobre su casamiento, pero ninguno era verdadero. La gloria se atrae las miradas, pero asusta al sentimiento; á no ser cuando se es inferior, y se acepta humildemente la inferioridad; ó bien cuando se es superior, y no se teme ningun eclipse; y por último, se teme el casarse con esos grandes artistas que introducen la publicidad que los rodea en el interior del matrimonio, que no admite mas que una especie de media luz. — La encontraban demasiado grande para el hogar de un esposo ordinario, y soñaban para ella no sé que suerte superior á la naturaleza. — No la conocian; pues tan solo de eaba un corazón, y sabia desender á las mas humildes condiciones de la vida comun, con tal que el amor, esa poesia del corazón, no le faltase á su destino.

XX.

En fin, lo cierto es que sin saberlo ni su madre ni ella, algunas admiradoras de su belleza entre las señoras de la corte y algunos cortesanos persuadidos de su importancia, concibieron en aquella época, segun se dijo, la interesante idea de casarla con el conde de Artois, que fué después Carlos X.

Dicho principe habia tenido ocasion de ver y oír á la jóven en los salones de las Tullerías, en casa de una señora de la corte que vivía en palacio, y habia demostrado una admiracion hacia ella, que se la hubiera podido tomar por amor.

Se sabia que no queria volverse á casar auténticamente, por delicadezas de familia y de dinastía; pero lo creían tan sensible, como lo habia sido á los encantos de una sociedad femenina, y que demasiado piadoso para tener una favorita, hubiera sido feliz de encontrar en un casamiento consagrado por la religion y admitido en los usos de la corte, una compañera que habie e endulzado los dias de su ancianidad.

La admiracion que habia mostrado hacia la bella inspirada delante de sus cortesanos, fué considerada por estos como una pasion naciente, y vieron de alimentarla. — Se trataba de contrabalancear por el imperio de una mujer en el corazón del heredero de la corona el imperio oculto que ejercía otra mujer en el corazón del suyo.

Las intenciones en las afecciones de los principes influyen en sus consejos, y la política, bajo a apariencia del amor, bloquea hasta el dormitorio de los reyes. — Una *Diana de Poitiers* legítima, ó una *Mme. de Maintenon*, jóven y seductora, le pareció una necesidad de la situacion al partido realista. — Este no podia ser una persona mas completa para cualquiera de los dos papeles; porque Diana de Poitiers no era mas bella, ni Mme. Maintenon mas superior; pero la jóven que destinaban para el puesto de ambas, tenia la inocencia que le faltaba á la una, y la franqueza de que carecía la otra.

XXI.

Por lo tanto trataron de multiplicar las entrevistas con la jóven á quien miraba, al parecer, el principe con una predileccion paternal, y mientras mas ignoraba Delfina este plan cortesano, mas verosímil parecía la seducción, porque la inocencia es la coqueteria mas segura que hay en el mundo.

Todo conspiraba, al parecer, al realizamiento de aquel plan, cuando el conde de Artois, recogido ante tantos encantos, pareció no tener mas embarazo que el de declarar su ternura. — Ayudaronle en su timidez y le hablaron de un casamiento que conciliase, por medio de una corta publicidad, la religion y la delicadeza del padre del futuro rey. — Le designaron la persona hacia la que habian notado alguna afeccion de parte del principe, y le hicieron un elogio de ella, que sobrepusaba los rasgos que se habian infiltrado profundamente en su corazón.

El conde de Artois los escuchó sin sorpresa, pues estaba habituado á que le hablasen de un casamiento de inclinacion y de felicidad doméstica. — Pero como siempre los corte-anos se habian equivocado, pues el conde de Artois habia ju-

rado en el lecho mortuorio de Mme. Polastron, que fué su último cariño, que nunca otra mujer le reemplazaria en su corazón, el cual se lo consagraria todo entero al Altísimo, y cumplió su juramento religiosamente. — Evitó, por lo tanto, el ver á menudo á la hermosa jóven que le habia inspirado otros sentimientos distintos de la admiracion; y esta no conoció nunca aquella conspiracion cortesana, fundada en sus encantos. — Mas era demasiado noble para consentir en servir de cebo, aun en el corazón de un rey.

XXII.

Volví poco tiempo después de dicha conjuracion á la corte de Paris, y vi de nuevo á Delfina; pero en nada se parecia aquel cuadro á la aparicion poética de Terni; la escena habia cambiado, no así su persona, que los años habian embellecido aun. — Madre é hija vivian en aquella época, en un pequeño entresuelo bajo y húmedo de la calle de Gaillon, que sirve de encrucijada á las calles que van desde las Tullerías á los bulevares, llenas de movimiento y ruido, atestiguándose en aquella residencia la mediana fortuna de la madre.

Dos habitaciones bajas á las que se subía por una escalera de madera, muebles raros y deteriorados, restos de su antigua opulencia, algunos libros sobre unas planchas colgadas al lado de la chimenea, una mesa en donde los versos de la hija y las novelas de la madre, corregidos para la impresion, revelaban el asiduo trabajo de ambas; y un pequeño gabinete situado en el fondo de la habitacion, sirviéndole de estudio á Delfina, en el cual se retiraba del ruido para escuchar la inspiracion; componian la casa y el mueblaje. — Aquel gabinete salía á una azotea de doce pasos de circuito, y en la cual dos ó tres macetas de flores enfermizas y medio asfixiadas recibian á la hora del medio dia un rayo de sol, que pasaba entre dos techos, en los cuales venian á patinar en tiempo de invierno los gorriones de una cuadra vecina. — Cuanta distancia mediaba entre este cuadro y los flotantes arco-iris de la soursada atmósfera de la cascada del Vellino, y las colinas entapizadas de laurel, de aquel Tempé de la Italia.

XXIII.

¡Pues bien! á pesar de la mediana existencia de aquellas dos mujeres, los mas hermosos nombres de la Francia y de la Europa resonaban en aquel entresuelo; encontrándolo allí desde Madama Recamier hasta los Montmorency y los Chateaubriand. — Esta es una de las virtudes de Paris, es decir, que corre mas pronto tras la belleza, la gloria y el encanto, que tras la riqueza y el poder. — El aire que se respiraba allí era cordial, y la etiqueta la nivelaba el corazón, y al contemplar y oír á Delfina, no podia prescindirse de pensar en aquella *vittoria Colonna*, que fué la noble y casta Aspasia de la Roma moderna, la pasion platónica de Miguel Sugel, y el modelo de las Virgenes de Rafael. ¡mientras que por sus poesias era la rival feliz del Petrarca!

La acogida que me hicieron madre é hija, fué como la que se hace á un amigo que se hubiera tratado veinte años; porque nos habiamos visto en una hora en que los minutos se cuentan por meses. — Haber lanzado juntos ante una naturaleza tan sublime como la de Terni un grito de entusiasmo, equivale á conocerse y amarse, después de pasar una parte de la vida estudiando el caracter de la persona que queremos profundizar. — Hay amistades instantáneas que funden dos almas en un solo esplendor, y tal fué la nuestra desde aquel dia.

Las visitaba asiduamente por las mañanas; y hacia algunas semanas que veía muy á menudo y de pié tras el sillón de Delfina á un jovencito de baja estatura y de encantadora fisonomia, que parecia salir de la adolescencia. — Hablaba poco, no lo nombraban para nada, y parecia gozar una intima familiaridad con aquellas dos mujeres, como si fue e un hermano ó un pariente llegado de un largo viaje, que volvia á recuperar naturalmente el puesto que tenia en la casa.

Miraba á menudo á Delfina y le hablaba en voz baja; mientras esta volvía negligentemente su semblante para contestarle ó sonreírse por cima del espaldar de su silla.

Le pregunté á su madre quién era aquel jóven desconocido, cuya fisonomía inspiraba una curiosidad y una atención involuntarias; y me contestó que era Mr. Emile de Girardin: contóme su historia y me consultó sobre algunas ideas vagas que tenía sobre su casamiento.—La contesté que tenía un semblante de esos que penetran en las tinieblas y doblan la casualidad, y que en el terreno de la inteligencia la mas rica dote es la juventud, el amor y el talento.

Poco tiempo despues volví á ocupar mi puesto en el extranjero; y supe en él que la hermosa aparición de la cascada se había transformado en Mme. Emile de Girardin.

XXIV.

Ojeando las páginas de sus poesías, se leen las del corazón; y muchas de ellas pudieran estar firmadas por los primeros nombres de la poesía francesa.—Su invocación á la cruz en el encabezamiento del noveno canto de su epopeya á la Magdalena, tiene el acento raciniano.

¡Oh martirio divino, suplicio del Redentor!—septro omnipotente, árbol dominador,—del cual sembró todo un Dios las fecundas raíces:—estandarte glorioso que gobierna el mundo,—el símbolo consolador, cruz santa! don noble.—¡Garantía universal del perdón celeste!—Tu signo reverente, prenda de salvación,—prodiga á todos los males lesoros mil de esperanza:—el temor y la felicidad te invocan á la vez.—Por las noches ilumina la senda del peregrino....—y hasta el crimen en sus remordimientos, viene á regarte con su llanto.—La Virgen de frente serena y pura, te corona con sus flores.—Consueles á los reyes cuando sucumbe su trono.—Y proteges la tumba del pobre desconocido.—¡Ah! puedan tus beneficios llegar hasta mí!

¡Haz que en mis escritos, transformando su debilidad, conserve su nobleza la palabra de Dios!—Haz que el espíritu divino se revele en mis versos,—para contar la muerte que salvó al universo,—y que dotando mi voz de fuerza y armonía,—me sirva de genio la ardiente piedad mia.

Los primeros versos de la Vision tienen el mismo acento: y la jóven de corazón heroico, fué visitada en sueños por la aparición de Juana de Arcos.—Bajo los verdes chopos que decoran nuestros prados,—paseábame ayer con mis vagas ilusiones;—y escuchando como se escapaban las ondas al través de los cañaverales,—y deshojando de pié el saúce de la ribera,—miraba fijamente el cristal de las aguas,—en cuyo fondo se reflejaban las estrellas del firmamento.—La noche estendía sobre el valle su frescura.—Y los vapores del lago que me rodeaba,—blancos como una nube celestial, parecía que eslabonaban la tierra con la alta cumbre.

Pero de pronto algun prestigio asaltó mi espíritu....—El lago se iluminó con una llama desconocida;—yo me aproximé temblando á la agua en que se reflejaba—una mujer hermosa que en una nube de oro, bajaba del cielo ante mi vista....—Cubría su seno un deslumbrante ropaje, un velo virginal coronaba su frente; y en su manos agitaba una flotante bandera.—Su frente despojada del penacho vencedor,—tenía laureles luminosos por aureolas; y entonces, impulsada por la admiración que se había apoderado de mi alma,—escuché de rodillas su palabra divina,—«Levanta y reconócame, me dijo;—soy la Virgen de los combates, el salvador de su rey; la que dejó su tranquila cabaña,—para seguir el camino del honor; la que libertó á la Francia aprisionada—y que tiene aun en sus manos—su cayado y su bandera.»

Dijo, y velada con la nube,—volvióse al cielo la heroína.—Quedéme sola entregada á mis nuevos delirios;—un poder celestial secundaba mis esfuerzos,—el Señor me inspiraba, su divina luz,—invadía mi alma entera,—y el por-

venir cambió para mí.—Mis ojos entenebrian la gloria sin sorpresa,—y me sentía poseída de un orgullo desconocido.

«Guíame, le dije ¡oh! tu que me has escogido,—protege la pura ambición del pecho mio!—Juro cumplir tu misión santa,—y mis votos serán para nuestra Francia adorada!—Consagré mi vida á cantar sus desatinos,—aunque deba ser inmolada á mi vez,—y contenta con mi suerte aunque se arme un día,—contra mis versos, la calumnia impia.—Aunque castiguen mi gloria como tus hazañas;—cantando seguiré sobre mi ardiente tumba!—Si, y reanimando la antorcha de la verdad,—inflamaré los corazones con el delirio mio,—temblará el impostor ante la mia lira,—y el oprimido que olvidaba la justicia de las leyes,—vendrá á que defienda sus derechos con mis cantos,—y el héroe al buscarme en el día de la victoria,—si no he cantado para él, dudará de su gloria:—los altares reendrán mis cánticos sagrados;—y orgullosos cuando no exista con mis versos inspirados,—me llorarán los franceses como á una hermana querida,—y me llamarán un día la Musa de la patria.»

Es difícil el que una mujer cante en versos mas sobrios, de mas nervio y virilidad que estos; son, el *Exegi monumentum* de su sexo.

XXV.

La vuelta á su patria, despues del viaje á Italia en que vi por vez primera, no se exprime con menos simplicidad y grandeza.

¡Cómo me agradan aquellos valles en que serpentea el Isero!—He visto esas hermosas riberas,—en que el Tiber inmortal se desliza entre las tumbas!—Y admiraba en sus orillas la grandiosa miseria;—pero las ondas arenosas de aquel agitado rio,—no tienen la pureza de los nuestros que sonríen:—y aquel torrente que corre al pié del Apenino,—parece arrostrar su orgulloso curso,—las cenizas de los imperios destruidos.

Hé aquí el poeta, la mujer aparece en la conclusión del canto:—Tengo necesidad de cantar el cielo de mi patria:—bajo el se debe amar y á su sombra morir.—¡Ah! si la desgracia me hace acabar lejos de ella,—que no se me acuse de una muerte infiel:—juro el llevar á nuestro humilde valle,—mi lira emudecida y mi ceniza proserita!—¡Ah! una cruz, unas flores y mi nombre,—bajo el alamo sombrío de nuestro cementerio le agradarian mas á mi sombra consolada,—que un magnifico mausoleo, bajo los mármoles del *Panteon*.

XXVI.

La tragedia de Judith y la de Cleopatra elevaron su estilo poético sobre la elegía, á la altura de la escena antigua.—Versos como los de *Cleopatra* tienen lo grandioso de una escena de Racine.—La edad y el estudio habian airmado su mano por decirlo así; y puede juzgarse, por el cuadro que hace Cleopatra á su confidente Iras del Egipto, cuando se fastidiaba esperando á Antonio.

Cleopatra.

Iras duda de los dioses, pero no de su poder.—Volverá por mar. Un mensajero romano ha debido encontrarlo en camino desde ayer.—Donavios de César lo esperan en la rada.—Tal vez haya querido pasar por el Heptastadio,—a fin de recibir á los enviados; en el puerto.... Pero ¿para qué lo quiere César? ¡Dios mio!—Si estuviesen de acuerdo?—Para desterrar de los mares al heredero de Pompeyo, y conquistarle la Sicilia usurpada.... tiene necesidad de Antonio.... y apresura su vuelta.—Roma me conoce y tiene miedo de su amor.... Ansio el verlo.... ¡Oh! cuán lentas pasan las horas! cómo me abruma este calor sin aire! Ni una fresca nube aparece en ese cielo trasparente; ni una lágrima de agua en el implacable azul! No tiene ni invierno, ni primavera, ni otoño; y nada altera su monótono esplendor.—Siempre ese rojo sol en el desierto horizonte, como una sangrienta

mirada siempre fija en mí.—El espíritu pensador se había en su claridad,—y por ver desprenderse una gota de agua de las alturas.—Iras, daría mis perlas y mi diadema....—¡Ah! qué fardo tan pesado es vivir en el Egipto.—Mira este país tan rico y tan célebre por tantos títulos;—es para mí, que soy su reina, una residencia funebre.... Alaban sus palacios y sus bellos monumentos;—pero los mas hermosos no dejan de ser tumbas.—Si se anda, se siente bajo la tierra adormida,—generaciones de momias inmóviles.—Se diría que es un país de asesinos y remordimientos.—Los vivos se ocupan en embalsamar los muertos,—y en todas partes se ven cuerpos que se consumen en las calderas,—sintiéndose el acre perfume del *naplete* y del balsamo;—y el orgullo humano, locamente escitado,—luchando en su miseria con la eternidad.... ¡Pueblos que no existis! ¿qué importan vuestros vestigios?—Arle monstruoso, aborrezco tus prodigios vanos.—En este país todo es odioso para mí; todo, hasta sus bebidas me inspiran terror.—Hasta su ilustre rio, enigma que corre hácia el mar,—que hace tres mil años se busca en vano su nacimiento.—Sus mismos beneficios se asemejan á una calamidad,—porque el sombrío secreto de su fertilidad,—no es un don del suelo ni el beneficio de un astro:—dicha fecundidad nace de un desastre,—y es necesario para que obtenga un fulgor pasajero, que su orgulloso río se digue el inundarlo.—¡Oh! cuán triste es para mí tener ante mis ojos,—ese rio siempre taciturno y silencioso;—y ver cual suben esas ondas sin orillas,—fundando mi esperanza en eternas inundaciones.

XXVII.

El monólogo de Antonio despues de la batalla de Actium, tiene acentos de Corneille.—¡Actium!.... Actium! de de aquel día derramo amargo llanto.... ¡Implacable destino!.... Vuélveme, vuélveme aquella hora.... ¿No puede borrarle nunca aquel momento?.... ¿No podemos arrancar nada del pasado?.... ¡Daria mi vida y mis treinta años de gloria, para sustraer aquel día de las páginas de la historia! ¡La gloria! ese era el sueño mio,—la gloria que nos sobrevive en la tumba.—Ser para el porvenir un ejemplo inmortal,—y tener en mi país una columna ó un templo,—era mi orgullo.... y había conseguido llegar á una altura desconocida en su brillante estera.—Jóven aun, admiraban mi valor,—y cual valiente aguilucho aspiraba la tormenta....—Mi madre (recuerdo, que era muy niño),—me contaba las hazañas de Hércules triunfador....—Yo al escuchar la hermosa narración de su vida,—mis ojos brillaban de orgullo, de envidia y de esperanza;—y mi madre me tendió los brazos alegrementemente,—y me decía: «Era tu abuelo y lo igualaras.»—¡Y yo queria entreer mi misión sublime!.... ¿Quién te hubiera dicho entonces que cobijaba á un cobarde,—y que aquel hijo objeto de su orgulloso amor,—en un combate furioso debería huir un día?.... ¡Feliz ella que duerme en la tumba!....—Pero para que se engrandezca Otavio, ¡es menester que yo sucumba!.... Mi cobardía de un día ha sido el valor suyo;—y si ha triunfado, es porque he huido.—¡Oh Ciceron! nunca fu reencorosa inactiva—descendió hasta el oprobio en que me encuentro.—Me acusabas de orgulloso y de ambiciosos sueños,—de infames crueldades y de audaces robos,—y de atentados que mancillaban la magestad Romana. ¡Goza!.... ¡He traspasado los deseos de tu aborrecimiento! Triunfa en mi vergenza, implacable orador: héme aquí transformado en mi propio acusador.

XXVIII.

Fuerza en la tragedia, y una delicadeza femenina en la comedia, se revelaban en cada obra que producía.—Pero su verdadero triunfo era el de la conversacion.—Su genio era de esos que es necesario leerlos en el semblante, en la mirada y en la voz, del autor: pues su mejor obrar son ellos mismos; y no hay deducción hecha so-

bre su talento, que valga una velada de posada junto al fuego de su hogar. ¡Ay! ya no nos sentaremos más en él! Con aquellos amigos íntimos, célebres y amables que tanto hemos querido y admirado, nos servía de lazo: este se ha roto y la mayor parte se han dispersado.

XXIX.

Pasáronse largos años sin que tuviese ocasión de volverla á ver; y entre tanto había llenado aquellos tiempos de felicidad, de versos y nombradía, con sus composiciones poéticas, con sus novelas características, con sus artículos críticos de costumbres, que representan á Addison ó Sterne; con sus tragedias bíblicas, en las que el recuerdo de *Esther* y de *Atalia* le habían dado un colorido lejano con la declamación de Racine; con comedias en que la mano de la mujer dulcificaba la inofensiva malicia de la intención; y en fin, con sus *Cartas parisienses*, que son su obra maestra en prosa, verdadera páginas del *Espectador inglés*, encontradas con toda su originalidad en distinto suelo, habían consagrado en algunos años el nombre de la poetisa y la escritora. — Habíase madurado su juventud sin perder nada en su frescura; y por una excepción de su carácter, aunque adquirió nombradía, no perdió ni una amistad. — Tal era después de la revolución de 1830.

Dicha revolución turbó su vida, así como había sobrecogido á la Europa. — La jóven poetisa, en su oscura felicidad sintió de rechazo la caída de su reyes, porque todo se sostiene en este mundo miserable; y hasta el nido de las golondrinas rueda por el polvo cuando se hunden los palacios.

Mr. de Girardin había creado un gran órgano político, *La Presse*, que era una potencia de opinión, que contaba además con las potencias de hecho. — Pero al mismo tiempo que un periódico es una potencia, estambien un turbión á cuya sombra se agrupan y se entrecrocán las ambiciones, las pasiones, los odios y las envidias de todo un siglo. — La mas terrible y sangrienta pelea de un campo de batalla no se asemeja con mucho á esa horrorosa pendencia de tinta que mancha á los combatientes de los diversos partidos, en esos obradores de la política. — Los nombres se pulverizan al choque de las ideas ó de los sistemas; y hasta el de las mujeres, como ha pasado con los de Mme. Staél y Mme. Roland, pueden ser arrastrados por el lodo, y profanados hasta el insulto ó hasta el cadalso.

Mme. de Girardin se preservó de aquellos chispazos de las pasiones, por la dulce imparcialidad de su corazón; esquivó siempre el mezclarse en el combate para ser querida de los vencedores y socorrer á los vencidos; y los hombres más opuestos á la política de su periódico buscaban el encanto de sus salones. — Era uno de esos territorios que se neutralizan durante la guerra entre dos ejércitos, para hacer la paz después de las hostilidades.

En cuanto á ella, se refugió de día en día en la literatura, para constatar su ausencia en las heridas que se hacían los diferentes partidos á dos pasos de ella; por lo que nunca se la hizo responsable de las amarguras que la pluma de los escritores políticos derraman en el corazón de sus contrarios. — Algunas veces se irritaba; pero no conocía el odio.

XXX.

El asilo que se había reservado en su talento poético, le era muy provechoso aun para la misma poesía. — Algun tiempo antes de la revolución de 1848, se alejó de París al primer rumor de la tempestad que se agiaba en los ánimos, y vino á pasar el fin del verano en mi soledad, situada en medio de las breñas de Saint-Point.

Escribía entonces con una fuerza viril su hermosa tragedia de *Cleopatra*, cuyo estilo tiene la solidez y la tersura del mármol. — No olvidaré nunca la inspiración de su semblante y la emoción de su voz cuando nos leía por la mañana, lo que había hecho la noche anterior. — Era ordinariamente á la sombra de un techo de musgos que cubre una parte de huerto en declive, y desde

el cual domina la mirada el valle de Tempé, en frente de las montañas sombrías: nada turbaba el silencio de aquel sitio, á no ser el sordo murmullo de un arroyuelo que se deslizaba entre los sauces, el zumbido de las abejas que vagaban entre los pipirigallos, y algunos górgoros de las importunas pardillas que se balanceaban en los árboles. — Sus hermosos versos nos hacían imperceptibles aquellos ruidos extraños; los insectos cesaban de zumbar cerca de las colmenas, y su semblante, coronado con madreselvas y viña virgen, respiraba mas poesía aun que sus versos. — Fueron sus últimos días de sosiego, y también los míos. — Algunos meses después estábamos en las calles, operando esa gran evocación de la razón pública, y el salvar á la nación después del naufragio de su gobierno.

XXXI.

Mme. de Girardin era demasiado romana de corazón para aceptar la república, al menos como una necesidad de la situación, ó como una prueba de valor. — La república tan solo tenía para ella un destello de la antigüedad; y para sus ojos era la poesía de los sucesos.

Mme. de Girardin no era de ningún partido político concebidos con antelación. — Sus instintos no eran razonados, y si los hubiese escuchado, le hubieran hecho sentir la restauración, porque una mujer pertenece siempre al gobierno en el que fué bella.

Había sido feliz, amada é incensada en el de sus buenos tiempos, y nunca se adhirió al gobierno de julio. — Dicho régimen había perecido por prosaico para ella; y si sentía la imposibilidad de coronar entonces á Enrique V, sentía la posibilidad de coronar al pueblo, si lo hubiera querido. — El fondo de su pensamiento era lo mismo; pertenecía á el partido de lo bello en todo. — Nada podía ser tan grande á sus ojos como un gobierno de *Pericles* en Francia, y planteada sin crimen después de la caída espontánea de un trono, que no tenía tradición ni principios. — Dicho gobierno, defendido por la unanimidad de la nación, aconsejado por los talentos de todas las opiniones, reconciliados en el amor de la patria común, y presidido fuertemente por uno de sus mejores ciudadanos, regulador temporal de la república, le sonreía. Por eso se interesaba por aquella naciente república que salía de unas ruinas que no había causado, para salvar la nación y la Europa. — Las facciones engañaron sus esperanzas. — La nación no tuvo la paciencia que funde y consume las dificultades, y no dió tiempo á las cosas que se arraigan con el tiempo.

(Se continuará.)

SECCION RELIGIOSA.

SAN MATÍAS, APOSTOL.—ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE PAVIA.—EFEMÉRIDES RELIGIOSAS.

San Matías tuvo la felicidad de haber sido uno de los setenta y dos discípulos que siguieron á Jesucristo desde el principio de su predicación, y no se separó de él desde su bautismo en el Jordán, hasta su ascensión á los cielos.

Reunidos los fieles para aguardar la bajada del Espíritu Santo, San Pedro les dijo, que para cumplir la Escritura, era preciso elegir un duodécimo apóstol en lugar de Judas; Matías y José, llamado Barsabás, que su piedad extraordinaria había hecho apellidar el *Justo*, fueron los propuestos y juzgados dignos de aquella eminente dignidad. Pusiéronse en oración los discípulos del Señor á fin de conocer la voluntad del cielo, después de lo cual, se echaron suertes y cayó sobre Matías, que desde entonces quedó asociado y unido á los otros once apóstoles. Tal es la historia de la elección de San Matías, en la que el Espíritu Santo nos ha trazado un admirable modelo del modo con que deben de elegirse los ministros del Señor. Allí no hubo ni protección, ni intrigas, ni cabalas. Ningun discípulo se presentó como candidato para obtener aquella plaza que vacaba en el Senado de los apóstoles: todos se creían

indignos de ella; todos temían atraer sobre sí la cólera celeste, ingiriéndose en las funciones apostólicas. Así aquella Asamblea procedió á la elección con un espíritu de orden y de paz: para nada se tuvieron en cuenta las miras y consideraciones humanas: emplearon la suerte en donde Dios lo hace todo, y nada queda á las luces ni á la industria del hombre.

Nada sabemos de cierto de las acciones de San Matías. Los Griegos, según una tradición antigua, pretenden que San Matías predicó la fé en Capadocia, en las costas del mar Caspio. Fué martirizado en la Colquida, á que se daba el nombre de Etiopía. Se conservan sus reliquias en la abadía de Tréveris y en Santa María la Mayor de Roma. Los Latinos celebran su festividad el 24 de febrero.

Este día de San Matías, 24 de febrero en el año de 1525, fué uno de los días mas grandes y gloriosos en los fastos de la España. En ese día se dió la famosa batalla de Pavia, en que los tercios invencibles del emperador Carlos V destruyeron el ejército francés que á las órdenes del mismo rey de Francia, Francisco I, sitiaba aquella ciudad. Defendía la plaza de Pavia el esforzado capitán español D. Antonio de Leiva. A vista de la plaza se dió la batalla en que quedó vencido el ejército mas florido y numeroso de la Francia, en que perecieron sus mas nobles caballeros, y en que el mismo Francisco I, sin poder huir, fué rodeado por los soldados españoles: y un vizcaino llamado Juan de Junes, poniéndole el arma al pecho, le hizo se rindiera sin faltar al decoro debido a la magestad. El condestable Carlos de Borbon, que desde el ejército francés había pasado á ser general de las tropas imperiales de Carlos V, se presentó y pidió á su antiguo monarca la espada; pero Francisco I no quiso entregársela á un desertor, y se la entregó al virey de Nápoles D. Carlos de Launoi. Los soldados españoles arrancaron á pedazos la ropilla ó sayo de armas que el rey llevaba, para acreditar con aquel testimonio la buena presa que habían hecho.

Francisco I, al ver que le llevaban prisionero á Pavia, suplicó á los soldados españoles que le evitasen la mengua de entrar de aquel modo en la ciudad que había tenido sitiada, y le fué generosamente concedido. Entonces pudo escribir á la reina regenta, su madre, la duquesa de Angulema: *Que todo se había perdido, menos el honor.* Carlos V lo trató con la mayor consideración; no quiso que la gran victoria de Pavia se celebrase con repiques de campanas, ni luminarias en su reino, porque había sido conseguida sobre un príncipe cristiano. Trajo á Francisco I prisionero á Madrid, y fué detenido en la torre llamada de Lujan, hasta que por el tratado de Madrid, dos años después, le restituyó el emperador Carlos V la libertad. Francisco I, sin embargo, no cumplió después estas estipulaciones. La espada de Francisco I, aquella espada que había sido vencedora en Roshac, fué depositada en la armería del palacio real de Madrid. Allí permaneció tres siglos; pero cuando las tropas francesas de 1808 invadieron esta capital bajo la capa de amigos, entonces recobraron pérfidamente aquella misma espada que tres siglos antes había sido conquistada con tesón, valor y nobleza sobre un campo de batalla!!!!

15 de febrero 1802. — Es trasladado á Roma el cuerpo de Pío VI, que había muerto en Valencia de Francia, desterrado. El emperador Napoleón I encargó á monseñor Espina, arzobispo de Corinto, llevar aquellos venerables restos á la capital del mundo cristiano.

A la muerte de Clemente XIV, en 1775, le sucede en la silla apostólica Pío VI. Como jefe de la Iglesia, este gran pontífice quiso oponer se á las reformas religiosas, que el gran duque Leopoldo patrocinaba en Toscana y el emperador José II en Austria: él mismo va en persona, empero vuelve á Roma de su viaje á Viena profundamente contristado, y convencido de que el emperador no tenía mas consideraciones por el jefe espiritual de la Iglesia que por el soberano temporal de Roma. En vano trabaja cuanto puede para hacer amable y respetado su reinado. Aplau-

diendo sus concesiones inesperadas, el filosofismo no le perdonaba el ser papa; el espíritu de incredulidad se desarrollaba rápidamente, y Voltaire y Rousseau eran los apóstoles de esas nuevas doctrinas. Tal era el estado de la Santa Sede cuando estalla la revolución francesa, hija de los siglos que la habían precedido. Un largo grito de admiración se esparce del uno al otro cabo del universo al anuncio de este formidable suceso. Luis XIV, rey de Francia, muere en un cadalso y se establece la república francesa. Los reyes sienten escaparse el cetro de sus manos, los pueblos se conmueven, la humanidad se estremece de temor y de esperanza á la vez. Las creencias, las leyes, las costumbres, los usos, los objetos de la veneración de los siglos, todo se destruye. Una mies nueva de ideas debe producir bien pronto una nueva era de civilización y de libertad. Pio VI era demasiado sábio para tratar de oponerse á la violencia, al desborde completo de las doctrinas filosóficas: trató de conciliar; empero la Francia no tiene en cuenta su conducta. La revolución continúa y el papa recoge en sus estados los sacerdotes fugitivos. Bien pronto á la invasión de las ideas sigue la invasión de las armas.

La revolución francesa contesta con la guerra á las amenazas de la Europa; lleva la guerra á la Italia, y desaparecen las antiguas repúblicas de Génova y Venecia. La Francia establece en el Norte la república Cisalpina; en el Mediterráneo, la república Partenápea. El embajador francés, Basselille, intenta, con desprecio del derecho de gentes, revolucionar el pueblo romano, y perece en el motín que el mismo excita, y que reprimen las tropas del papa. Su muerte da margen á una invasión de los Franceses en los estados romanos. El general Bonaparte exige de Pio VI la retractación de los breves en que había condenado la constitución civil del clero francés, y el castigo de los asesinos del embajador. Rehusa el papa. Los Franceses ocupan á Bolonia. En el tratado de Tolentino (1797) se inponia al papa la cesión de Bolonia, de Ferrara, Avignon y el pago de una contribución de guerra de 120 millones de reales. Apenas se restablece la paz, cuando a consecuencia del asesinato del general Duphot, en una conmoción popular, el general Berthier entró en Roma el 15 de enero de 1798 y proclamó la república. Pio VI fué violentamente arrebatado de su capital y conducido primero á Viena, después á Florencia, y en seguida á Valencia, en Francia, departamento de la Drome, donde agobiado de pesares y encerrado en una fortaleza, muere en 1799 este pontífice ya nonagenario, después de un reinado de veinticinco años; el mas largo que ha obtenido pontífice alguno desde San Pedro.

El dominio temporal de los papas parecia haber desaparecido; empero sus cimientos son mas firmes y duraderos que los cálculos humanos. Dilatado fué el interregno y prolongado el cónclave reunido en Venecia. Todos desesperaban de la salvación del poder de la Iglesia, cuando una liga providencial, una reacción, se manifiesta. La Inglaterra protestante, la Rusia cismática, la Turquía misma cooperan á esta reacción, protegen con su espada la urna católica en el cónclave de Venecia, de donde debía salir el non bramiente de Bernabé Chiaramonti, monje benedictino, en 1800, que tomó el nombre de Pio VII.

Cuando las olas de la anarquía se retiraron en Francia, apareció Napoleón: rodeado de ruinas, las fecunda, hace salir de ellas un mundo regenerado. Su genio emprendedor y organizador, su poderosa voluntad, su amor á la gloria, la inmensa fuerza que la revolución había colocado en sus manos, hacen de él el hombre mas gigantesco de los tiempos modernos. Restablece el culto católico que había proscrito la revolución; celebra con Pio VII, en 1801, un concordato; se proclama emperador de los franceses y devuelve á la ciudad de Roma los restos del pontífice Pio VI, que había muerto en la fortaleza de Valencia. Roma los recibió con la mayor solemnidad y los colocó en un magnífico sepulcro en la basílica del Vaticano; sepulcro ante el que muchas veces nos hemos arrodillado!

18 de febrero de 1387. — La reina Isabel de Inglaterra hace decapitar á Maria Stuardo, reina de Escocia.

18 de febrero de 1546. — Muerte de Lutero: otro día hablaremos á nuestros lectores de la reforma de este célebre herejearca.

26 de febrero de 208. — Muerte de Tertuliano, célebre filósofo cristiano, autor de la célebre apología de la religion, apología que tanto contribuyó á moderar en su tiempo la persecución que sufría la Iglesia.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Teoría y particulares referentes á la máquina eléctrica de Ramsden. — Electrómetro de cuadrante ó de Henley. — Máquina eléctrica de Nairne. — Máquina construida por Van-Marum. — La gutta-percha ó el caoutchouc, aplicada á la construcción de las máquinas eléctricas. — Máquina hidro-eléctrica de Armstrong. — Esperiencias y aplicaciones eléctricas.

Vamos á ocuparnos nuevamente de la electricidad (véase el número 8.º), que con sus primeras y simples manifestaciones asombró á los antiguos sábios, y que hoy con sus sorprendentes, multiplicados y continuos progresos no alcanza á satisfacer la actividad de las ciencias, que cada día amoldan á sus exigencias y circunscriben á sus deseos, los distintos fenómenos y las actitudes diversas que origina y acepta el agente de que tratamos. Al terminar el artículo inserto en el número, al cual nos hemos referido, describimos la máquina eléctrica de Ramsden, de cuya teoría vamos á ocuparnos, contrayéndonos á la figura 4.ª estampada en la página 128. El disco de vidrio P al girar por medio del manubrio M, se electriza positivamente cargándose de electricidad negativa los frotadores ó almohadillas F; pero como estas comunican con el suelo por los piés de madera en los cuales se encuentran clavadas, pierden su electricidad al mismo tiempo que se produce. La electricidad positiva del disco actúa por influencia sobre los conductores C, y atrae la negativa, que al desprenderse por las puntas, que en forma de herradura rodean por ambos lados al disco, va á combinarse con la electricidad positiva de este, y pierden, por consiguiente, los conductores su electricidad negativa, quedando electrizados positivamente, durante todo el tiempo que gira el disco; mas al cesar la rotación de este, se escapa la electricidad por las puntas descargándose el aparato, del cual cuando no se encuentra en esta situación y si cargado, se saca con la mano una fuerte chispa que se renueva girando el disco.

Segun se desprende de los principios que hemos espuesto, la electricidad se origina por el frotamiento del disco entre las almohadillas; pero solo ejerce su influencia cuando llega á presencia de los peines. Cada sector electrizado del disco gira antes de descargarse, segun un ángulo de 90º para recorrer el espacio que media desde las almohadillas á los peines, y á fin de conseguir que la electricidad no se pierda, al recorrer aquel trayecto, se cubre el disco con paños de seda fijos en los montantes de la máquina. Para lograr igualmente que el frotamiento sea eficaz, las almohadillas deben aplicarse exactamente sobre la superficie del disco, y á fin de que el contacto sea mas íntimo, se impregnan de una materia pulverulenta, que es el bisulfuro de estaño ó *oro musivo*, que al parecer, favorece el desarrollo de la electricidad por medio de una acción química que experimenta en virtud del calorico desarrollado por el frotamiento. La potencia de una máquina no es constante, puesto que depende del estado higrométrico del aire; por lo tanto deben secarse cuidadosamente todas sus partes, y aun emplear para este efecto trapos algo calientes. Las máquinas son mas energicas, cuanto mayores son sus dimensiones; pero pueden obtenerse chispas de gran magnitud, por medio de máquinas de tamaño mediano aumentando la estension

de sus conductores, y por lo mismo la cantidad de fluido que reciben, sin poner en olvido, sin embargo, que la pérdida de este aumenta con la estension de la superficie electrizada; hecho que limita la facultad á la cual acabamos de referirnos.

El instrumento por medio del cual se mide la tension de la electricidad en los aparatos que nos ocupan, se denomina *electrómetro de cuadrante*, ó *electrómetro de Henley*, que hemos representado en la figura 3.ª de la página 121 (véase el número 8.º de este SEMANARIO); el cual, segun manifiesta la misma, se atornilla á uno de los conductores de la máquina, y á medida que esta se carga, una aguja de ballena *a*, terminada por una esfera de saúco, recorre un cuadrante de marfil *c*, por cuyo centro cruza un eje que sirve de centro de articulación á la aguja indicadora, la que cesa de ascender por el cuadrante cuando la carga de la máquina alcanza su grado máximo. Si en este momento cesa de girar el disco, cae súbitamente la aguja del electrómetro, si el aire en que se halla aquella es húmedo, siendo mas lento su descenso; si este se encuentra en estado de sequedad; hecho que manifiesta en la segunda hipótesis, que es mas débil la pérdida de la electricidad, segun hemos indicado ya repetidas veces. Por medio del electrómetro se demuestra que la tension de la electricidad en todas las máquinas tiene un limite que no puede sobrepasarse, cualquiera que sea la velocidad que imprimamos al disco de vidrio, y el tiempo durante el cual se continúe dicho movimiento.

La figura 3.ª (véase la página 153) representa la máquina eléctrica de Nairne, por cuyo empleo pueden recogerse á la vez dos electricidades, lo cual no se consigue con la de Ramsden, que solo procura la electricidad positiva: dicho aparato consta de dos conductores aislados, sin comunicación alguna entre los mismos; uno de ellos A cuenta con un frotador C de cuero relleno de crin, y el otro B con un peine P con muchas puntas, existiendo entre los dos un cilindro de vidrio M, que al girar por medio de un manubrio, toca por un lado con el frotador y pasa por el otro casi tangente al peine á que acabamos de referirnos. Al actuar el cilindro, se electriza negativamente el frotador C y el conductor A, y positivamente el vidrio, que al pasar ante las puntas del conductor B, descompone su fluido natural, atrae el negativo y queda electrizado B con el positivo. Las chispas que originan la recomposición de las dos electricidades de los conductores, parten de las dos varillas curvas D y E, las cuales cada una por sí termina en una esfera de cobre, que se encuentran muy próximas.

Van Marum ha construido máquinas eléctricas con las cuales obtiene el operador, segun su deseo, cualquiera de las dos electricidades: las figuras 1.ª y 2.ª (véase la página 153) representan estos aparatos. Vemos en ellas, que constan estos de un disco de vidrio, que al girar frota contra cuatro almohadillas *c*, fijas en esferas de cobre aisladas por medio de piés de vidrio; delante de la rueda existe un arco *a* de cobre de dos ramas, sostenido por el pié que soporta el eje de la máquina; y que, segun representan las figuras á las cuales nos referimos, puede situarse segun una posición horizontal, figura 2.ª, ó vertical cual indica la figura 1.ª. Finalmente, al otro lado del disco, existe una gran esfera de latón A, aislada por un pié de vidrio y provista de un arco *d*, semejante al primero, y que puede aceptar la posición horizontal ó vertical como manifiestan las dos figuras. Si disponemos los dos arcos segun detalla la figura 1.ª, al girar el disco, se electriza negativamente la esfera A, cargándose, por el contrario, dicha esfera de electricidad positiva; si se sitúan los dos arcos del disco y de la misma esfera, segun diseña la figura 2.ª La gran máquina eléctrica de Van Marum, que existe en el Instituto politecnico de Londres, atrae una esfera de saúco desde una distancia de 12 piés, siendo así que las máquinas de dimensiones medias solo efectúan esta atracción á la distancia de un metro: el radio al cual se estiende la actividad de una máquina eléctrica, depende, segun ya hemos manifestado, del grado de su potencia.

En la esposicion universal de Londres llamó la

atención pública una máquina eléctrica, cuyo disco era de caoutchouc: esta sustancia de la cual nos hemos ocupado en una de nuestras *Lecturas* anteriores, véase el núm. 6 de este SEMANARIO, posee la propiedad de electrizarse enérgicamente por el frotamiento. Para adquirir el convencimiento de esta verdad, basta con frotar con la mano seca una hoja delgada de caoutchouc, y al acercarla a una esfera sobre cuya superficie existan pequeñas esferas de sauco, veremos que las atrae la hoja y que por algunos momentos se adhieren a ella. La misma hoja desprenderá chispas muy perceptibles al acercarle el dedo, y si se sitúa sobre un disco de vidrio se adhiere por largo tiempo a él. Utilizando estas propiedades de la goma elástica, se construyen máquinas eléctricas que consisten en dos tambores situados sobre montantes de madera, por cuyos tambores pasa una tira de caoutchouc, de siete a ocho pies de longitud, que al actuar por medio de un manubrio el tambor inferior de madera, adquiere la faja ó cinta un movimiento de rotación, durante el cual frota con sus correspondientes almohadillas, empleándose dos tubos de latón que afectan la forma de una herradura, para conducir la electricidad que adquiere la faja de goma, y con la cual casi se encuentran en contacto. Estas máquinas según el testimonio de físicos autorizados, aunque de una construcción más fácil y mucho más barata que la que hemos descrito, son tan energías como estas.

Se denomina máquina *hidro-eléctrica*, un aparato en el cual se produce la electricidad por el rozamiento que origina el desprendimiento del vapor a alta presión, al cruzar pequeños orificios. Somos deudores de su invención al físico inglés Mr. Armstrong, que la concibió apoyándose en un descubrimiento observado en 1840 en la fábrica de Sighill, cerca de Newcastle, en una caldera de la máquina de vapor. Se había declarado una huida de vapor junto a la válvula de seguridad de la caldera, la cual se carga por medio de pesos que actúan al extremo de una palanca; para cerrar la huida, el fogonero quería disminuir la presión que dichos pesos ejercían sobre la válvula, y al tocar con una de sus manos el peso cuando mantenía la otra en medio del chorro de vapor que se desprendía por el agujero que se había manifestado, estalló una chispa entre su mano y el peso que iba a tocar, sintiendo al propio tiempo una fuerte conmoción. Informado Mr. Armstrong de este fenómeno, procuró estudiarlo, y a este fin, se situó sobre un aislador, y mantuvo en el vapor que se desprendía por la válvula, un vástago de hierro que tenía en la mano: en esta situación adquirió el convencimiento que de su cuerpo podían desprenderse chispas enérgicas, que se sucedían con extraordinaria rapidez, y cuya intensidad y profusión dependían de la tensión del vapor, ó sea de la velocidad, con la cual se desprendía este de la caldera. En vista de estos resultados, Mr. Armstrong efectuó nuevas experiencias con una locomotora, con la cual obtuvo chispas más enérgicas y numerosas, recabando el completo convencimiento de que, puesto que el vapor se cargaba constantemente de electricidad positiva, era preciso que la caldera se electrizase negativamente. Para comprobar la certeza de esta hipótesis, trató Mr. Armstrong de aislar una locomotora, y para conseguirlo, dispuso bajo las ruedas de esta máquina resistentes trozos de madera resinosa, separados por materias aisladoras: hecho esto, y después de encendida la máquina, al llegar a producirse el vapor a una tensión considerable, notó el físico, de cuyas experiencias nos ocupamos, que toda la máquina se había electrizado negativamente, hasta tal punto, que al aproximarle un cuerpo conductor en comunicación con el suelo, se desprendía una serie no interrumpida de chispas.

Después de numerosas experiencias efectuadas por MM. Armstrong y Faraday, el primero construyó la máquina que representa la figura 4.^a, véase la pág. 160, la cual es una caldera de plancha de hierro, de hogar interior, aislada sobre cuatro pies de vidrio, y cuya longitud es de 1.50 metros de longitud y 60 centímetros de diámetro. La válvula de seguridad del aparato se ve

en S, y O es el tubo de vidrio con que cuentan todas las calderas para indicar el nivel del agua que contienen. La llave C se abre cuando ha adquirido el vapor suficiente presión, y encima de la misma se nota un depósito B, en el cual circulan los tubos que dan paso al vapor, los cuales terminan por otros tubos adicionales A, de una forma particular, por lo que se representa detalladamente y a parte su sección M. La parte interior de estos tubos es de madera dura, y su contorno afecta cierta forma con el objeto de aumentar el rozamiento del vapor. El depósito B se encuentra lleno de agua, para que al llegar el vapor a los tubos adicionales, se condense en parte y salga mezclado con partículas de agua, requisito necesario para obtener la electricidad, puesto que no la desprende el vapor seco. El conductor P, D, afecta la forma que representa la figura a la cual nos contraemos, encontrándose aislado por un vástago de vidrio, siendo de la esfera D de la que se desprenden las chispas; el extremo P del conductor sobre el cual se proyectan los chorros de vapor, afecta la forma de un peine con púas metálicas. Mr. Armstrong ha hecho construir para el Instituto politecnico de Londres, una máquina hidro-eléctrica, de grandes dimensiones, que procura chispas de 22 pulgadas de longitud, y de tal intensidad, que sería peligroso esponerse a su acción.

Hemos descrito, según las indicaciones de varios y autorizados autores, los principales sistemas de construcción de las máquinas eléctricas, con las cuales se pueden efectuar todas las experiencias que origina el agente de que tratamos, y cuya descripción no puede ocuparnos hoy, porque necesitaríamos mayor espacio y tiempo del que podemos disponer. Digamos, sin embargo, que por medio de dichos aparatos pueden comprobarse todas las manifestaciones que origina la electricidad, y de la cual nos ocupamos en el número 6.^o de este SEMANARIO; pudiendo obtenerse más chispas desde una magnitud imperceptible, hasta de longitudes de 25 y 75 centímetros, acompañadas de chasquidos enérgicos. Las experiencias fundadas sobre las atracciones y repulsiones eléctricas son numerosas y dignas de interés, contribuyendo con sus efectos sorprendentes a prestar merecido encanto al estudio de esta parte de las ciencias físicas. La electricidad se ha empleado igualmente, y con resultados no estériles, a la curación de las enfermedades, y existen a la par experiencias y aparatos fundados sobre el poder eléctrico de las puntas dignas de examen, y cuyos movimientos mecánicos y efectos luminosos cautivan y atraen el interés de los que presencian las primeras y estudian los segundos. A más de los efectos luminosos inherentes a las chispas eléctricas, son ellas un germen de calórico bastante intenso para originar la detonación de la plata fulminante, la inflamación del gas hidrógeno, del alcohol y de otros varios cuerpos combustibles; pero todos estos hechos y otros muchos de utilísima y maravillosa aplicación, nos ocuparán en el trascurso de nuestras *Lecturas*, cuando conozcamos la pila de Volta, ese instrumento poderoso, que ha inmortalizado a su inventor, y al cual la física, la química, la medicina, la astronomía y todas las ciencias de observación, deben sus continuos progresos y perfeccionamientos; y la industria, las artes y la actividad individual y colectiva, todas las maravillas que han prestado mayor actividad, fuerza, espacio y vida a la generación actual, que la que suman los anales de cuantos nos han sucedido.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Hasta hace pocos días las noticias de Haití han sido las más contradictorias. Últimamente se ha asegurado que el ejército de Soulouque había abandonado sus banderas, y que el emperador Faustin I se había visto precisado a abdicar y refugiarse en Jamaica. *La Crónica*, periódico de Nueva

York ha publicado la proclama que dirigió a los Haitianos antes de que su ejército hiciese causa común con los sublevados.

El *Diario de Jamaica* da los siguientes detalles sobre la revolución haitiana. Cuando el general Geffrard llegó a Puerto-Príncipe, envió un parlamentario al emperador, ofreciéndole la vida y la protección para su familia si quería abdicar y evitar al pueblo de Haití los horrores de una guerra civil. Soulouque pidió el tiempo preciso para reflexionar; pero antes de que hubiese terminado el tiempo que se le había acordado, las tropas imperiales dejaron las armas y se abrazaron con las de Geffrard. El emperador no tenía más que hacer sino redactar su acta de abdicación, publicando la siguiente proclama:

«¡Haitianos! Llamado por la voluntad del pueblo para dirigir los destinos de Haití, yo he puesto constantemente mis desvelos y solicitudes en obsequio de mis conciudadanos y de la prosperidad de mi país. Yo esperaba poder contar con el afecto de los que me habían elevado al poder supremo; pero los últimos acontecimientos no me permiten dudar ya de los verdaderos sentimientos del pueblo.

«Amo demasiado mi país para no vacilar en sacrificarme en favor del bienestar general.

«Yo abduco, y no formo más que un solo voto: que Haití sea tan dichoso como mi corazón ha deseado siempre.

«Dado en Puerto-Príncipe a 13 de enero de 1859, año sesenta de la independencia.—Faustino.»

¿Darémos crédito a lo que sobre el emperador Soulouque, en particular, nos dice una correspondencia de Haití? Según esta correspondencia, el emperador Soulouque es inmensamente rico. Su fortuna se valúa en más de 500,000 libras esterlinas, colocadas en los bancos de Europa.

Cuando estalló la revolución, el emperador tenía en su palacio 30,000 libras esterlinas en oro y 2 millones de dólares en billetes. Le fué preciso abandonar el papel-moneda, que se lo apropiaron los que invadieron el palacio, apoderándose también de todo el oro que encontraron en las habitaciones de la emperatriz y de los príncipes.

El emperador va acompañado de Mr. Petion Faubert, nieto de Petion, que fué de los primeros presidentes: ha recibido autorización del general Geffrard para es efecto.

El trasporte *Melbourn* tomó a su bordo al emperador, a la emperatriz, su familia y servidumbre, a saber: el general Vil de Ben, gobernador de la capital; el general Dessalines, prefecto de policía; el general baron Damier, secretario de Estado, etc.

Sabido es que el Parlamento jónico había pedido la unión de las islas a la Grecia libre. La reina de Inglaterra lo ha negado por medio de la siguiente carta.

«Victoria, reina, etc.—Su magestad ha tomado en graciosa consideración los ruegos que se le han dirigido en la petición presentada por el Parlamento y el pueblo jónicos, petición que se apoya en los intereses de las islas jónicas y de los Estados vecinos, no menos que en el sosten de la paz general.

«En vista de estas consideraciones, S. M., con los poderes que la otorga el tratado de París del protectorado esclusivo del Estado jónico, y constituida en órgano único de este Estado en los consejos de Europa, no puede consentir en el abandono de las obligaciones que ha aceptado, ni permitir insinuación alguna sobre este particular a cualquier otra potencia.

«S. M. no desea imponer nuevas trabas a la opinión; pero velará con todas sus fuerzas para que se cumpla el sagrado deber de la obediencia a las leyes.

«S. M. ha adoptado, por su parte, las medidas que le parecen más propias para el bienestar de los Jónicos, y cuenta para este objeto con la esclarecida cooperación de su Parlamento.»

La noticia de que se trata de celebrar en Constantinopla una exposición universal de la industria en el año de 1860, va tomando cada día más probabilidades de certeza. No hay duda que por

este medio podrian los Turcos conocer el adelanto de los pueblos civilizados.

JANER.

REVISTA DE TEATROS.

Durante los dias que acaban de transcurrir desde nuestra última revista, no han dado los teatros de la corte señal alguna de vida, respecto a nuevas producciones dramáticas; unicamente el colisco de la calle de Jovellanos, cuyo inteligente director, el Sr. Salas, despliega una actividad nada comun por cierto, ha puesto en escena la zarzuela nueva en dos actos, *El Robo de las sabinas*, letra del Sr. D. Antonio Garcia Gutierrez, y música del Sr. Barbieri.

El argumento de esta zarzuela, tan sencillo como desnudo de interés, se reduce a lo siguiente: Cierta duque, soberano de uno de los pequeños estados de Italia, y calavera por añadidura, próximo a casarse con la duquesa de Toscana, alquila una posada por donde esta debe pasar. Disfrázanse de bandidos el duque y los cortesanos, con objeto de dar un chasco á la duquesa, y sus damas, sabedoras del complot, se disfrazan á su vez de dueñas; empero como la duquesa conoce al duque, no opone repugnancia alguna al rapto que este medita: en efecto, el duque consigue su objeto llevándose en una litera a su futura esposa, y los cortesanos, por imitarle, se apoderan de la cohorte femenina, y todas son conducidas á un castillo ruinoso.

En el acto segundo asistimos á una magnífica fiesta, en la que damas y cortesanos beben brindan embriagados de placer. El Senescal, que se ha introducido en el festin disfrazado de mujer, aconseja á las damas que se quiten el disfraz; da un puñal á cada una, y las incita á que se venguen tan luego como los supuestos bandidos se rindan á sus encantos. Entrelanto la duquesa continúa riéndose del duque, hasta que este se descubre, y todo acaba en paz y en gracia de Dios.

El acto primero, que es sumamente animado, tiene muy buenas situaciones musicales, que el Sr. Barbieri ha sabido interpretar con gran acierto: el coro de viejas del segundo acto es bellísimo, y está lleno de chi-pa y gracia: tanto este, como una pieza del acto primero, merecieron los honores de la repetición. La ópera, sobre todo, es rica en instrumentación, y llena de originalidad.

La ejecución fué muy esmerada, especialmente por parte de la Sra. Mora y de Obregon. Caltañazor estuvo admirable..... para el público de los anfiteatros.

A la conclusion de la obra fueron llamados los autores al palco escénico, presentándose solo el Sr. Barbieri, por hallarse el Sr. Garcia Gutierrez fuera de Madrid.

La concurrencia fué tan lucida como numerosa, habiéndose dignado honrar la funcion con su presencia SS. MM. y los principes de Baviera.

El teatro del Circo continúa viéndose favorecido como nunca. La *Matiide Diez* se ha presentado nuevamente en el drama en dos actos, titulado *Amor de madre*, en el que ha conseguido justos y legítimos triunfos, compartiéndolos como siempre con el Sr. Romea.

Tambien en la pieza en un acto *La Sociedad de los trece*, ha estado inimitable.

Los actores han sido llamados dos veces casi todas las noches al finalizar la funcion.

En el coliseo de Novedades se ha representado últimamente, á petición de los principes de Baviera, el drama del Sr. Fernandez y Gonzalez, titulado *Cid, Rodrigo de Vivar*. A la conclusion del primer acto, el autor fué llamado á la escena.

SS. AA. quedaron en estremo complacido de la obra, de la que el Sr. Fernandez y Gonzalez tuvo la honra de poner un ejemplar en manos de los

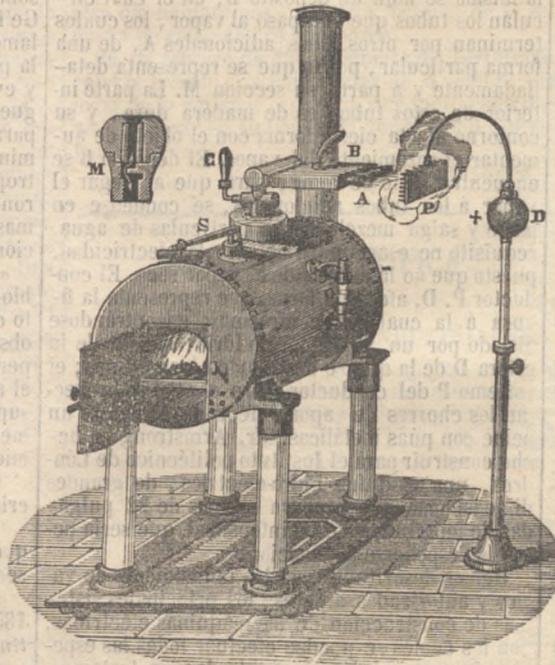


Fig. 4.
Máquina eléctrica de Armstrong.

principes, quienes se dignaron acogerle con frases altamente lisonjeras.

Todos los actores se esmeraron en la ejecución, en particular la Sra. Rodriguez y los Sres. Delgado y Calvo, en especial la primera que desempeñó el acto segundo de una manera admirable.

SS. AA., sumamente complacidos, aplaudieron mas de una vez.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Les Cometes, Origine electro-magnétique de leurs queues, par Edouard GAND. In-8°; chez V. Hermet á Amiens.

Esta memoria científica ha sido leida en la Academia de Amiens. Ofrece algunas conjeturas que reclaman la atención de jueces competentes, acerca del origen de la cola de los planetas. El autor la fija en la tendencia que presentan casi comunmente las colas cometarias á colocarse en un rumbo contrapuesto al sol. Trata de determinar la fuerza que ocasiona semejante posicion de aquellos apéndices siderales, y cree hallarla en una accion electro-magnética del sol. No pueden señalarse en este lugar mas que las tendencias que apoya Gand en su memoria con numerosos argumentos; mas parece licito no condenar sin examen tal teoria, teniendo en cuenta una observacion de Mr. Becquerel, citada por el propio autor: «Hay tantos medios de promover la electricidad, que bien puede verificarse tenga la naturaleza á sus alcances alguno que nos sea desconocido.»

Idylles héroiques, par M. V. de LAPRADE, de l'Académie Française. Un vol. in-18; Michel Lévy.

Mr. Laprade parece apresurarse á justificar con la publicacion de este nuevo tomo de poesias, la merecida distincion que le ha abierto las puertas de la Academia francesa. Los tres poe-

mas que hoy ofrece al público, y cuya mayor parte conocen los lectores de la *Revista*, prosiguen exponiendo, bajo formas libres y elevadas, las meditaciones que inspiran la contemplacion de la naturaleza y la lucha interior de nuestros sentimientos. Mr. Laprade, desentendiéndose con valor de las vulgares preocupaciones, conduce seguidamente el alma humana á la suma elevacion, descubriéndole incesantemente los mas vastos horizontes. Precede á la obra un notable prefacio que ventila uno de los puntos mas delicados comunes al sentimiento y á la estética, añadiéndole aquel valor que puede prestar á un cuadro su propia lucidez, cuando brilla con bastante intensidad para difundir alguno de sus rayos sobre cuanto le rodea.

Le Livre de Job, traduit de l'hebreu par Ernest RENAN, membre de l'Institut. Paris, Lévy, 1859, in-8°.

El Libro de Job ha sido mas de una vez traducido al francés, y muchas con entado; pero al trasladar al francés tan antigua composicion, nadie se habia consagrado á reproducir el color original y el giro poético. Esto es lo que ha intentado con feliz éxito Mr. E. Renan. Historiador de los idiomas, cuyo mas puro representante es el hebreo, era mas apto que otro cualquiera para abrazar el verdadero espíritu de tal poema, en el cual se refleja la vida semítica desprendida de las formas especiales, que le ha impuesto la ley mosaica. En un estudio, que sirve de prefacio, espone el traductor los trabajos de la crítica acerca de Job; inquiere la edad del libro y ventila todas las cuestiones de exegesis bíblica que á él dicen relacion. Breves notas colocadas al remate de las paginas, dan conocimiento al lector de una multitud de alusiones á ideas y usos semíticos que abundan en el poema. Propia es esta obra de Mr. Renan, del ejercitado filósofo y eminentemente pensador, que ya conocemos. A favor de un estilo alternativamente nervioso y delicado, se traslucen los estudios mas sólidos y el perfecto conocimiento de las antigüedades judaicas; pero además el crédito ha prodigado su ciencia sin dejar se desperdicie nada de aquel aroma de las antiguas verdades, que exhala el poema hebraico.

Cours de Physique de l'Ecole Polytechnique, par M. J. JAMIN: tome 1er, un vol. in-8°, chez Mallet-Bachelier.

El objeto de esta obra es, conforme á su titulo, el programa de los cursos de fisica de la Escuela politécnica. Reduciéndose á seguir el orden designado por aquel programa, ha conservado el autor en sus lecciones la forma que desde luego recibieran, y las publica con amplios desarrollos, que pertenecen, aunque sean elementales, á la enseñanza oral. Tiende este trabajo, sobre todo, á exponer con todos sus pormenores los métodos experimentales de investigación, hacer resaltar las leyes generales y discutir las teorías admitidas; á la par que da menos lugar y concede menos importancia á los hechos singulares y á los particulares poco conocidos. A pesar de tales desarrollos, que son lo bastante considerables para que pueda el libro consagrarse á todos los lectores que quieran hacer un estudio fundamental de la fisica, hallase redactada la obra de Mr. Jamin con aquella concision y esmero de forma, que tan feliz efecto producen en las obras científicas. Por tanto es un tratado recomendable por ambos conceptos.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere, editor responsable y propietario.

SUMARIO. *Los Tramperos del Arkansas*, por Gustave Aimard, pág. 145. — *Por un alfiler*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 148. — *Rosalía*, pág. 149. — *Viaje á China*, por Lord Macartney, pág. 152. — *Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 155. — *Sección religiosa*, pág. 157. — *Lecturas científico-industriales*, pág. 159. — *Crónica estranjera*, pág. 159. — *Revista de teatros*, pág. 160. — *Bibliografía estranjera*, pág. 160.

Aviso importante.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.